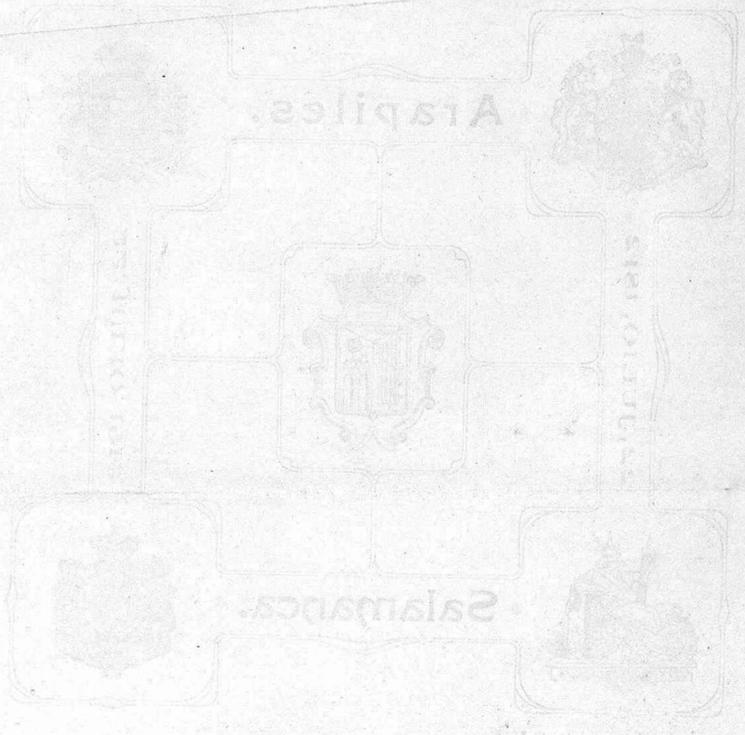


Precio: **20** céntimos.



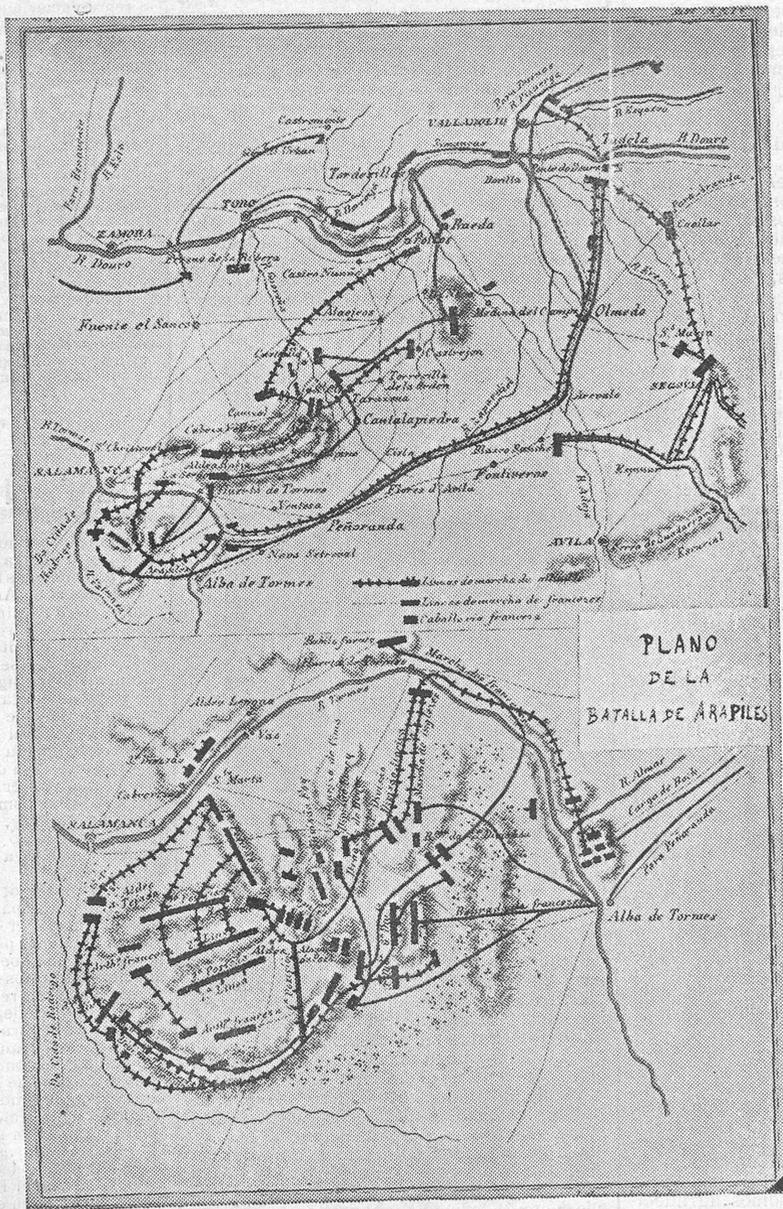
Precio: 20 céntimos

El Adelanto

NUMERO EXTRAORDINARIO

dedicado á conmemorar el primer centenario de la batalla de Arapiles.

22, JULIO, 1812



22, JULIO, 1912

1. Plano descriptivo de las operaciones anteriores á la batalla de Arapiles, con el detalle de las marchas efectuadas por ambos ejércitos beligerantes.
 2. Descripción de las distintas fases de la batalla, con las posiciones ocupadas por los combatientes hasta la derrota y retirada de los franceses.
- La línea ++++++ determina el emplazamiento de los ejércitos aliados.
Las líneas ——— indican la marcha de las tropas y la situación del ejército francés, respectivamente.



Los Arapiles y El Adelanto

Sea el presente número, en el que los insignes políticos y literatos, que nos honran con su colaboración, ponen de relieve su patriotismo y hacen gala de su talento, sencilla corona que Salamanca deposita sobre las tumbas de los que en Arapiles, hace hoy un siglo, lucharon por ideales grandes y ofrecieron a la patria sus vidas.

Y alcance nuestro pobre y sincero homenaje, no sólo a los vencedores, los heroicos soldados de España que, unidos a los ingleses, dieron la libertad al mundo, sino a los franceses, que tanta gloria conquistaron para su nación, guiados por las águilas que recorrieron en triunfal vuelo Europa entera, y que sólo se estrellaron ante la indomable fiereza de Castilla, madre de naciones y victoriosa siempre por el amor perseverante de sus hijos.

Raza de titanes, nos enseñó que nada hay superior a la santa independencia, y su sacrificio merece que todos al recordarlo en su primer centenario, cumplamos el deber que la historia impone a los hijos de héroes tan sublimes.

La redacción de EL ADELANTO siente la satisfacción de haber llenado todas sus obligaciones.

Sonamos, todos los de esta casa, con un centenario grande, fructuoso, brillantísimo, en el que Salamanca demostrara al mundo su esfuerzo, puesto al servicio del patriotismo. Logramos contagiar nuestro entusiasmo a colectividades y personas, formóse la junta que del poder central recabó los medios necesarios para convertir en hechos nuestras esperanzas e iniciativas, y en Madrid escuchamos tales palabras, que bien pudo creerse en el éxito si la centésima parte de lo ofrecido se hubiera trocado en realidad.

El tiempo deshojó una a una tantas y tan legítimas esperanzas, y ni lo pequeño de nuestras demandas, ni lo justo de nuestras súplicas fueron bastante para que a este pueblo se le tratara como sus virtudes merecen.

El centenario, soñado a base de la debida protección del Estado, se esfumó ante la indiferencia de los políticos, llevóse el viento del olvido las mentidas promesas arrancadas a los labios, pero sin raíces en los corazones, y fueron perdidos todos los esfuerzos que Salamanca entera hizo para que el centenario de los Arapiles se celebrase con el esplendor que merecía.

Nada hay de reproche en las anteriores líneas.

Queremos sólo puntualizar hechos, narrar lo sucedido, quitar a nuestra ciudad hasta el menor átomo de responsabilidad en el fracaso de tan hermosos proyectos.

Nosotros tenemos la satisfacción de poder afirmar que hemos hecho cuanto podíamos y sabíamos para que el primer centenario de los Arapiles fuera digno del hecho conmemorado.

Y como nosotros pueden proclamar su patriotismo los beneméritos salmantinos que han organizado las honras fúnebres en sufragio de los héroes, las insignes personalidades que avaloran con sus firmas nuestro extraordinario y el pueblo que dedica, a los que por su independencia lucharon, una plegaria y un recuerdo.

Para todos nuestra gratitud imborrable y nuestra cariñosa felicitación.

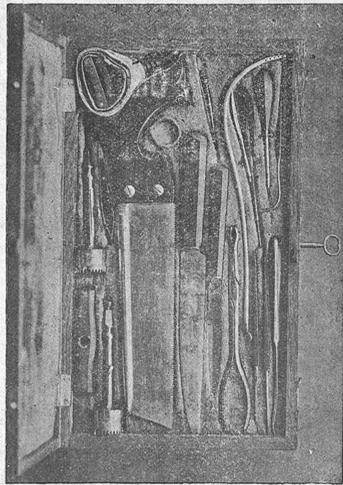
Cuando esta tarde, en los mismos lugares en que se ventiló la suerte de España y se afianzó nuestra independencia, los invitados de EL ADELANTO descubran sus frentes para honrar a los héroes y rememoren sus hazañas, ellos y nosotros sentiremos el consuelo de haber demostrado, que somos agradecidos, y todos regresaremos a Salamanca satisfechos de haber hecho patria, laborando porque los grandes hechos de sus hijos no caigan en el olvido, que sería ingratitud imperdonable.

Mariano Nuñez Alegría, director de EL ADELANTO.—Manuel Rubio, redactor jefe.—José Sánchez Rojas, José Sánchez Gómez, Fernando Felipe, Benito M. Valencia, Leonardo Martín, Blas Santos Franco, Federico C. Ataguero, redactores.—José Nuñez Alegría, Administrador.—Alfredo Rivera, redactor corresponsal telegráfico en Madrid.

ARAPILES

Leyendo estaba yo, justamente, la maravillosa descripción que de la batalla de Arapiles hace Pérez Galdós en sus *Episodios Nacionales*, bellísimas narraciones, sólo comparables por el encanto literario con que están escritas, a los *Romans Historiques*, de Alexandre Dumas (padre), cuando me pusieron delante un telegrama que venía de Salamanca.

El deseo de asociarme y de asociar a los alumnos de mi Pedagogium a todos los acontecimientos de la patria, me había llevado a sacar de los estantes de mi biblioteca, después de tantos años que allí dormían, esos cuadros de tan vivos colores. Gabriel Araceli, uno de los personajes más simpáticos que han salido de la pluma de Pérez Galdós, se despedía el 21 de Julio de 1812 de lord Wellington con estas palabras: «Adiós, mi querido general. ¡Saludo a mis compañeros desde la cumbre del Arapil grandel...» «¡El Arapil grandel! Era la mayor de aquellas dos esfinges de tierra, levantadas la una frente a la otra, mirándose y mirándonos. Entre las dos debía desarrollarse al día siguiente uno de los más sangrientos dramas del siglo, el verdadero prefacio de Waterloo, donde sonaron por última vez las Trompas de la lliada del Imperio». No es posible expresar mejor, ni en menos palabras, la importancia que en la guerra de la Independencia tuvo la batalla de los Arapiles... Continué la lectura. Y enlazando la fantasía con la realidad, vi la brigada de Pack con los valientes *hyghlanders* escoceses trepando por el monte famoso, que dejaban cubierto de cadáveres, y la



Instrumentos con los cuales el médico militar don Luis Sanz amputó el brazo al general francés Marmont, después de la célebre batalla. Hállanse hoy en poder del canónigo don Gonzalo Sanz, nieto del médico señor Sanz.

caballería portuguesa al mando de Urbán, y para ellos tuve el agradecimiento que despierta en mi alma todo aquél que ayuda a mi patria. La carga de los escuadrones de Stapleton Cotton me entusiasmaba, pero tengo que decir que admiraba también el valor de los que entonces eran nuestros enemigos.

Al llegar al momento en que una bala de cañón destrozó el brazo del general Marmont, recordé el interés con que mi marido había examinado en Salamanca los instrumentos con los cuales el médico militar don Luis Sanz amputó el brazo al general francés después de la célebre batalla. Aun se ven en la vanda del *touriquet* las manchas de aquella sangre vertida por el honor de la Francia. Y cuentan que el valiente general no exhaló una queja durante la operación, sufrida con admirable estoicismo en aquellos tiempos en que no se conocía el cloroformo.

Yo revivía todas aquellas escenas de heroísmo de amigos y adversarios, deploraba las vidas que había costado la ambición de un hombre, las maravillosas obras de arte

que en aquella lucha perdió la monumental *Roma la chica*, pero me sentía satisfecha y contenta de ver a mi España vencedora y triunfante del coloso del siglo en los campos de Castilla.

Don Julián Sánchez, sus guerrilleros, Salamanca, Tamames de la Sierra, Garcigrande, los coraceros de Hanover... todo esto andaba rodando por mi imaginación cuando me presentaron el telegrama en que me pedían unas cuartillas para el extraordinario de EL ADELANTO.

¡Ya veis, salmantinos, que en vosotros pensaba!

Paz de Borbón,
Infanta de España, Princesa de Baviera.

CUMPLAMOS

La obra del progreso requiere dos acciones de perseverancia; una compete al pueblo; otra a los que le representan, teniendo el encargo de recoger lo que hondamente arraigue en la conciencia popular para traducirlo en leyes.

En el glorioso período de la Independencia el pueblo cumplió su cometido, afirmando la nacionalidad española, dando plasticidad a la forma externa, que amasó con torrentes de sangre generosa derramada en cien batallas, y los inmortales legisladores de Cádiz, apoyados por el entusiasmo popular, realizaron una labor intensísima, amenazados por las armas del Capitán del siglo.

De esa comunidad de ideales resultó el heroico pueblo, que supo mantener la integridad de su suelo y que cultivó con esmero el preciado árbol de la libertad a cuya sombra caminamos por la indefinida senda del progreso.

Al conmemorar el centenario de Arapiles, uno de los episodios más gloriosos de la epopeya de la Independencia, rememoremos el de las Cortes de Cádiz y arranquemos la enseñanza de que en todo momento es precisa la armonía entre los herederos del pueblo que dió forma al estado español y los que él inviste de la facultad legislativa para que infundan, como hicieron los legisladores de Cádiz, un espíritu adecuado a las formas que el pueblo cree.

El Conde de Romanones,
Presidente del Congreso de los Diputados.

CIEN AÑOS DESPUES...

Confieso que no leo nunca las asombrosas páginas de la guerra de la Independencia, entre cuyos episodios más famosos figura por tantos títulos la batalla de Arapiles, sin que a la vez que se renuevan en mi alma los sentimientos de admiración hacia los héroes de tan incomparables jornadas, experimente algo que se parece mucho a decepción y a desencanto, al pensar en los acontecimientos que siguieron a aquellos triunfos.

No posee ciertamente ningún pueblo páginas más gloriosas que aquellas, y nadie pudo pensar sino que serían el prólogo de una nueva era brillante y venturosa de la historia patria. ¿Ni cómo esperar otra cosa de la nación heroica que fué la primera en vencer a los ejércitos de Napoleón y que a la hora misma en que quedó abandonada a sí misma, sin Rey, ni gobierno, ni recursos, supo improvisarlo todo y hasta organizar alianzas internacionales para la defensa de su libertad y la de Europa?

Y sin embargo, pasados aquellos días de gloria, y como si España hubiese quedado exhausta de energías por el supremo esfuerzo, ó satisfecha ya con el triunfo obtenido, es lo cierto que ni gobernantes ni gobernados—aunque más pecaron aquéllos que estos—supieron realizar una labor perseverante de reconstitución nacional, que de la recuperada independencia condujese a España al verdadero engrandecimiento.

A aquellos grandes días siguió el lamentable reinado de Fernando VII, en que a la vez que España era teatro de sucesos harto tristes para recordados, perdimos definitivamente los vastos dominios de la América continental.

Ensangrientan luego el suelo de la patria discoruias intestinas, sin que pueda considerarse como compensación de tan deplorables sucesos el reinado de Isabel II durante su mayor edad, si quiera no faltasen en aquel período muchas acertadas iniciativas y algunas positivas mejoras.

Y en fin, después de los desórdenes del período revolucionario, y como si no fueran suficiente desventura las posteriores guerras coloniales, vinieron los desastres de Cavite y Santiago de Cuba.

¡Quién había de decir a los héroes de Bailén y de Arapiles que un siglo comenzado con tan gloriosos auspicios habría de terminar en el tratado de París! Y los que pusieron la bandera española por encima de las águilas napoleónicas, ¿cómo habían de sospechar que aquel mismo siglo vería



á sus descendientes arriar el pendón nacional en América y Oceanía, donde durante tantos lustros fué emblema de civilización y de poderío?

Han pasado cien años desde la epopeya de 1808 á 1814, y es hora de pensar que los hechos gloriosos de los antepasados antes son motivo de recordamiento que de satisfacción para sus descendientes cuando no saben hacerse dignos de ellos siendo sus continuadores.

Por desgracia, no está ya en nuestras manos hacer que la historia de España en el siglo XIX haya sido otra de la que fué; mas trabajemos ahora todos con abnegación, con alteza de miras, y sobre todo con perseverancia, con incansable perseverancia—esa diosa que todo lo puede—para que nuestra historia en el siglo XX nos redima de los pasados desafortunados y nos conquiste el respeto de la posteridad.

Este santo propósito es el más digno homenaje que podemos rendir á la memoria veneranda de aquellos héroes que hallaron envidiable muerte en Albuera y en Ciudad Rodrigo y en Arapiles, soñando con una España grande, dichosa, inmortal...

Eloy Bullón,

Diputado á Cortes por Seguros.

El centenario de los Arapiles no se celebrará por fin en Salamanca con festejos públicos, ni charangas militares, ni simulacros bélicos, ni siquiera con aquellas otras más modestas demostraciones del regocijo popular que alegra el tamboril y decora la percalina berberena... Es lástima, pero ¡qué importa!... El ruido es mas fugaz que el sentimiento... Hemos perdido una fiesta, pero ¿no vale más que la fiesta el haber demostrado, con tanto proyecto concebido, con tanto estéril intento, con tantos esfuerzos malogrados, que en Salamanca vive y perdurará el recuerdo del sangriento y glorioso drama desarrollado sobre el vasto escenario que dominan los tesos de los Arapiles? Lo que importa, y esto no se ha borrado de Salamanca, es el recuerdo de aquel fiero sentimiento de nuestra independencia que nos dió la victoria en Arapiles, y nos permitió subsistir como nación en el mundo, á despecho de utopías cosmopolitas y de predicaciones pacifistas, cuando hayan desaparecido. ¡Dios no lo quiera! otros cimientos igualmente firmes de nuestra existencia nacional. Podemos, pues, decir que en esta batalla por la conmemoración de la de Arapiles, también se ha salvado el honor.

Luis García Alonso,

Gobernador civil de la provincia.

IN MEMORIAM

.....Ardía la guerra en España y Portugal y día tras día se llenaban páginas y capítulos de nuestra gloriosa epopeya.

El ejército aliado dirigido por el talento de Wellington encontraba en el espíritu patriota del pueblo español valiosa cooperación en la campaña, y como honroso testimonio figuran en los documentos del lord, los más cumplidos elogios para las tropas del mariscal D. Carlos España y las del célebre guerrillero brigadier don Julián Sánchez, que con los nombres de Alava y O'Lawlor llenan esta fase de la guerra de la Independencia que bien puede considerarse como el principio del fin, por cuanto que con la batalla de los Arapiles se marca la preponderancia de nuestras armas y la decadencia de las águilas imperiales en España.

Salamanca conmemora el triunfo conseguido en los Arapiles. Salamanca se honra al honrar la memoria de los que nos legaron, como herencia, sus gloriosos hechos.

El corazón del pueblo salmantino, al latir hoy con ocasión del centenario de tan memorable fecha, retrocede é incorpora su sentir y sus efectos á los que vibraban en las almas grandes de aquellos soldados, de aquellos guerrilleros, de aquellas autoridades, de aquel pueblo en fin, que vió su recinto libre de enemigos y cooperó valientemente á la segunda reconquista española.

La ciudad, de quien Wellington decía que era «célebre asiento de la sabiduría» supo conquistar entonces gloriosos timbres de guerra para su escudo.

Hoy en los días de la paz, el recuerdo de los buenos ciudadanos perdura en la generación presente y abre á la esperanza nuestro espíritu que encuentra como firme sostén del patriotismo, el culto de un pueblo á sus tradiciones.

A. Luque,

Ministro de la Guerra.

Llegará un día, cuando la humanidad alcance su más alto nivel, en el que se recuerden con piadosa lástima, horrores y hecatombes como los que los españoles conmemoran en este mes de Julio.

Mucha gloria dieron las batallas de Las Navas de Tolosa y de Arapiles á España y á los caudillos nacionales y extranjeros que las ganaron, pues en ninguna de las dos nos defendimos solos; pero si pensáramos en los torrentes de lágrimas que ocasionaron, no nos consentirían la pena y el rubor entregarnos á alegrías que alejan del bien y acercan al mal.—¡Quién viera esos tiempos que con tan bellas palabras describe á los cabreros don Quijote!

T. Bretón.

EL ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE ARAPILES

¿Qué buscan los del Norte en estas breñas?

Dios hizo la montaña

Para que no la pase gente extraña.

¡Unión, unión! Caigan sobre ellos peñas.

Altavozaren Cantata.

Vedle allí, vedle allí: sobre el Pirene,
Cruento, erguido, el genio de la guerra;
Alta su mano, donde asidos tiene
Y manda los destinos de la tierra.
En alado bridón, ya suelto el freno,
Sobre mi patria viene... ¡ah! ¡Triste España,
Sangre á torrentes vierte ya tu seno...!
¡Sus garras sobre ti clava en su saña!
Huérfana, desagrada,
En el sudario envuelta, desahuciada...

¿A quién te volverás, ¡oh patria mía!

Que te limpie el sudor en tu agonía...?

—¿A quién...? A mi entereza:

A mi espíritu altivo; á mi arrogancia:

Al no extinguido aliento de fiereza,

Que alto brilló en Sagunto y en Numancia—

Dijo: y se oyó rugido pavoroso:

El león ofendido su melena

Sacudió, y de coraje tembloroso

De Calpe á Creus su rugido atruena.

Y como incendio, que improviso estalla,

Corre voraz y crece y se difunde,

Invade chozas y palacios hunde,

Sin detenerle obstáculo ni valla;

El grito aterrador, *Venganza y guerra,*

Traspasa Lomosierra;

Y súbito inflamando al pueblo hispano

Arde en indignación contra el tirano.

Yo las oí; al dulce hogar sentado;

Yo las oí; y no las de un soldado,

Y menos las de un rey, mi buen Homero,

Cantaba entusiasmado:

Eran de un pueblo entero

Proezas de titánica osadía,

Invencible porfía,

Santo amor de la patria independencia,

Que en su torpe egoísmo los discretos

Suelen llamar demencia,

Sin conocer ¡menguados! los secretos.

De aquel hervir profundo, cuando agita,

Olas de su Océano,

Los pechos en que habita

¡Alta virtud, aliento sobre humano!

•Allí fué, mi buen padre me decía,

•(Y de Arapil los tesos me mostraba

•Radiante de patriótica alegría).

•Allí el polvo mordía

•De Marmont la soberbia, y se eclipsaba

•Para siempre su estrella. Sus legiones

•Caían en montones,

•Como la mies que el segador guadaña:

•Y se alzaba otra vez gigante España.

•¿Ves aquellos collados?

•Miralos... ¡cual blanquean!

•Páreceme aún que humean

•Los valles encharcados...

•¡Campos de horror...! yo os ví... ¡día de gloria!

•Yo recogí después de la victoria

•Los cuerpos mutilados...

•¡Oh fuertes escuadrones!

•¡Leva de cien naciones!

•¡Vencedores en Jena...!

•¡Cadáveres tendidos por la arenal!

Con orgullo esta historia repetían

Nuestros padres; y en tanto se dormían...

Y nosotros... ¿qué hacíamos...?

Culto al placer rindiendo y al dinero,

¡Ay! nos envilecemos.

Comidos de lacería y de pasiones...

Comprando lujo á precio de baldones.

En tanto el extranjero,

Con mañosa cautela

Sembrando vientos, la funesta tea

De la discordia atiza; y en tutela

Nos tiene; y con desdén nos señora.

¡Patria, patria infeliz! Los que vencieron,

Los que te redimieron...

La noche los tragó. ¡Ay! su memoria...!

¡Ni una piedra recuerda, en los lugares

Do alzar debiera el patriotismo altares,

Teatro de sus triunfos y su gloria...!

Llorad cuerdas, llorad; y dad al viento

En conmemoración este lamento.

Tomás Rodríguez Pinilla.

Salamanca, Julio, 1888.

(De *La Lira del Proscrito*).



El monumento colocado en el Arapil grande en conmemoración de la batalla.

Nada puedo decir de la batalla de Arapiles, por ser uno de los sucesos de nuestra historia nacional de que tengo más obscura y más ciega noción, y no es cosa de ponerse uno ahora á estudiarla á tropicaciones no más que para decir algo de ella.

Y respecto á este su centenario, se me ocurre que vamos á salir de él, gracias á Dios Todopoderoso y Providente que nos negó dinero para convertirlo en festejo, mucho menos mal que pudo temerse en un principio.

Miguel de Unamuno.

Rector de la Universidad.

Batalla de Salamanca ó de los Arapiles

I

Movimientos y operaciones anteriores á la batalla.

Ya rendidos al ejército aliado el fuerte de San Vicente y las obras que de éste dependían (27 de Junio de 1812), los franceses se retiraron hacia el Duero, seguidos de cerca por el enemigo.

El 2 de Julio la retaguardia francesa se vió obligada, después de tener muchas bajas, á pasar á la derecha del Duero, en tanto el ejército aliado tomaba posiciones sobre la izquierda, apoyando el flanco derecho en La Seca y el izquierdo en Pollos. Entonces el mariscal Marmont concentró sus tropas sobre la derecha del Duero, entre Tordesillas y Pollos, siendo dueño de Zamora y Toro y de todos los puentes del expresado río.

El ejército francés hallábase, pues, en posición muy ventajosa respecto á los aliados, que solamente podían intentar el paso del Duero por Castro Nuño, único punto cómodo para realizarlo en presencia de un enemigo que ocupase la derecha de aquel río.

Además, el ejército de Marmont había sido reforzado el 7 de Julio con la división Bonnet, alcanzando entonces un total de 47.000 hombres.

El ejército aliado (ingleses, españoles y portugueses), no excedía á la sazón de 40.000 hombres. Convenía por tanto á Wellington, dividir al enemigo para atacarle con ventaja.

Las guerrillas españolas fueron encargadas de conseguir esta división, colocándose á los flancos y retaguardia de los franceses, con lo que impidieron la llegada de las subsistencias á éstos destinadas, obligándoles además á destacar fuerzas para ese aprovisionamiento.

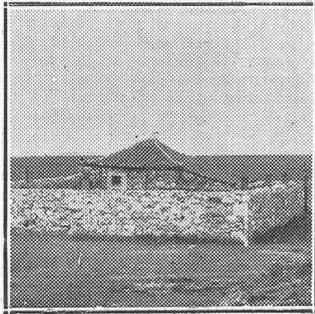
Como consecuencia del plan de Wellington, que tan útil empleo supo siempre hacer de los guerrilleros, las fuerzas francesas fueron corriendo hacia la derecha, sin dejar ni un día de realizarlo, moviendo con ello los contramovimientos del ejército aliado, que el día 15 de Julio hizo un movimiento general sobre su propia izquierda, trasladando el cuartel general de Rueda á Nava del Rey.

Dos divisiones francesas pasaron el 16 de Julio á la ribera izquierda del Duero, por el puente de Toro; pero visto por los aliados este hábil movimiento, se situaron éstos durante la noche en Fuentelapeña y Cañizal, sobre el Guareña, afluente del Duero, por dicha margen, ocupando con las divisiones 4.^a y ligera á Castrejón, sobre el río Trabancos, también afluente del Duero por la izquierda.

Los franceses repararon el Duero por Toro (noche del 17) y destruyeron su puente, marchando con gran apresuramiento sobre Tordesillas, donde volvieron á pasar aquel río, y llegando en la madrugada del 18 al Trabancos. Propusieron restablecer la comunicación con el ejército del centro, situado en Madrid.

Tan pronto Wellington se dió cuenta exacta del total de fuerzas francesas situadas sobre el Trabancos, movió su caballería para proteger la retirada de las divisiones 4.^a y ligera allí establecidas, consiguiéndolo con pérdidas insignificantes, hasta llegar á la cuenca del Guareña, donde ambos ejércitos se hallaron otra vez frente á frente.

Entonces, Marmont, que intentó tomar dos posi-



Cementerio de Arapiles.

ciones dominantes, fué rechazado por los aliados. Intentó de nuevo (día 19) hacerse fuerte en su izquierda. Y tampoco lo consiguió, porque Wellington hizo movimientos análogos hacia su derecha.

Al amanecer del 20, todo el ejército francés se movió como un solo hombre hacia su izquierda y, al mismo tiempo, el ejército aliado se trasladó á su derecha, llegando en columnas, por el valle del Guareña, hacia las alturas de Cabezabellosa, marchando siempre paralelamente á los franceses.

Estos notables movimientos se hicieron mediando muy poca distancia entre los dos ejércitos, á través de terreno despejado y sin obstáculo material que impidiese el encuentro; solamente alguno que otro disparo de cañón, interrumpió el profundo silencio de tan grandiosa escena, única en la historia de las guerras de la humanidad.

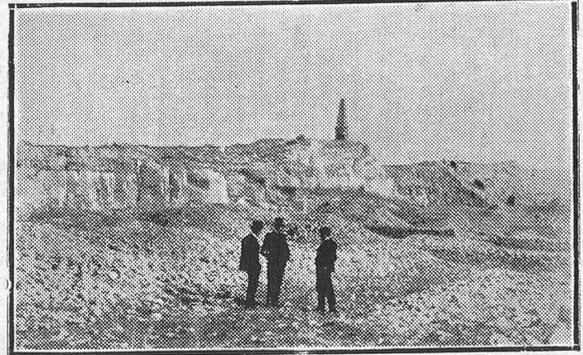
Pero acercábase el desenlace del singular duelo de los dos mejores ejércitos de aquellos tiempos. Amaneció el 21 de Julio, y á las pocas horas el ejército aliado se concentró, en movimiento de retirada,

sobre la posición de San Cristóbal. Hallóse, pues, otra vez á cubierto el camino á Ciudad Rodrigo, línea de retirada del ejército aliado y, por tanto, objetivo principal de las fuerzas de Marmont, que en días anteriores lo habían casi tenido en la mano, al colocarse entre Wellington y Salamanca. En la mañana del mismo día 21 los franceses pasaron el Tormes por los vados de Huerta, partiendo desde Babilafuente, y por la tarde los aliados pasaron también dicho río por Santa Marta y Aldealengua, quedando en posición durante la noche sobre unas alturas de la orilla izquierda, excepto la 3.^a división, que quedó en observación en la orilla derecha. Cubrieron de este modo sus comunicaciones con Ciudad Rodrigo.

II

Batalla.

El 22 de Julio, muy de madrugada, Wellington tenía su flanco derecho apoyado en los famosos Arapiles, ocupando el Arapil chico y su flanco izquierdo en el Tormes. Los franceses hallábanse enfrente, cubier-



El campo y el teso de Arapiles en la actualidad.

tos casi del todo por la espesura del bosque y apoyando el ala derecha en el pueblo de Calbarrasa, que ocuparon.

Separaba á los dos ejércitos una cañada constituida por colinas de suave declive, á excepción de las abruptas Arapil grande y Arapil chico. Esa cañada muere en el Tormes, cerca de Salamanca, y por el extremo opuesto se enlaza con una planicie atravesada por el camino de Ciudad Rodrigo, cuya posesión era el objetivo principal de los franceses.

Así permanecieron, frente á frente, ambos ejércitos hasta las ocho de la mañana, en que una división francesa, avanzando rápidamente desde su escondite, se posesionó del Arapil grande, que Wellington deseó ocupar con fuerzas suficientes. El propósito de Marmont era que su ejército desfilase apoyado por la gran batería que había establecido en el mayor de los Arapiles, y que lo hiciese en dirección de la carretera de Ciudad Rodrigo. Pensó además Marmont que los aliados se retirarían, por lo cual no entraba en los cálculos de aquél empeñar un combate formal en seguida, esperando que la llegada de refuerzos, ya anunciada como próxima, le llevaría, en momento más oportuno, á dar el golpe decisivo. Pero Wellington comprendió el grave peligro en que se hallaba y se resolvió á presentar batalla desde luego.

Después de la toma del Arapil grande por los franceses, éstos colocaron casi todas las fuerzas restantes detrás de ambos Arapiles, y no dejaron de maniobrar hasta la una de la tarde. Á esta hora Marmont extendió considerablemente su izquierda, ocupando todas las alturas allí situadas, y lanzando hacia el frente gran número de tiradores, que hicieron un fuego muy vivo.

Tal movimiento tuvo por objeto envolver la posición enemiga, que contaba próximamente con igual fuerza, incluyendo en ésta la división española mandada por don Carlos de España.

La longitud del arco ocupado por el ejército francés excedía en más de un tercio á la de la línea de los aliados, circunstancia que fué rápidamente vista por lord Wellington, quien ordenó sin pérdida de momento el ataque, que fué iniciado en la extrema derecha por la 3.^a división y la caballería de Urbán, los cuales, velozmente, envolvieron y cortaron el flanco izquierdo del enemigo, que no tuvo tiempo de darse cuenta de tan hábil y rapidísimo movimiento. En la embestida de la derecha de Wellington quedó muerto el general francés Maucune.

Marmont, que acudió á restablecer la lucha, resultó herido de un cañonazo, y el general Bonnet, que tomó el mando, también fué herido, resignándolo en el general Clausel.

Las divisiones 4.^a y 5.^a de los aliados, sostenidas por la 6.^a y 7.^a, avanzaron á la vez atacando al enemigo por el centro. Entre tanto, una brigada portuguesa escalaba el Arapil grande. Mientras esto ocurría, la 3.^a división con la caballería destruía la izquierda francesa y hacia 3.000 prisioneros.

Las divisiones 4.^a y 5.^a arrollaron completamente á los franceses, excepto en el casi inaccesible Arapil grande. Pero una hora después la victoria aun inde-

cisa, se pronunció á favor de lord Wellington, que lo consiguió merced á una brillante carga de caballería que apoyó eficazmente á la infantería.

La batalla duró hasta la caída de la tarde, en que Clausel, herido también, ordenó la retirada á la ribera opuesta del Tormes para evitar un desastre completo.

Dejaron los franceses sobre el campo de batalla 7.000 hombres entre muertos y heridos, además de perder muchos cañones y dos banderas.

III

Después de la batalla.

La retirada del ejército francés hacia Alba de Tormes, durante la noche, se realizó desordenadamente.

Las divisiones 1.^a y ligera de los aliados se dirigieron hacia los vados de Huerta, en la creencia de que el castillo de Alba se hallaba aún en poder de los españoles, lo que habría obligado á los franceses á retirarse por el citado Huerta; pero éstos eran ya

dueños de dicho castillo y habían pasado el Tormes durante la noche del 22 y la mañana del 23.

La mayor parte del ejército aliado se aproximó á Alba el día 23, encontrando su caballería á la retaguardia francesa, á la que hizo 900 prisioneros, además de dispersar á otros muchos hombres que abandonaron sus armas.

Entonces llegó al máximo el desorden en las tropas francesas, que el 25 consiguieron atravesar Arévalo, no parando en su retirada hasta Valladolid.

Lord Wellington entró en esa ciudad el 30, repasó en seguida el Duero, y estableció su cuartel general en Cuéllar.

El 6 de Agosto el ejército aliado emprendió la marcha hacia Madrid, no dejando en Cuéllar más que la 6.^a división y algunos batallones de escasa fuerza. El rey José, al frente del ejército del centro, salió de Madrid con objeto de reconocer la vanguardia de los aliados, lo que efectuó el 11 por la tarde, consiguiendo que se retirase la caballería portuguesa, que inició una carga.

En cambio, la caballería alemana se portó bravamente, consiguiendo que los franceses se retiraran durante la noche.

El ejército aliado entró en Madrid el 12 de Agosto, habiéndolo poco antes abandonado el ejército francés y el rey José, que se retiraron hacia Valencia, dejando 1.700 hombres en las fortificaciones del Retiro. Estas, con toda su guarnición y pertrechos, se rindieron el 14 de Agosto, quedando, por consiguiente, el ejército aliado dueño absoluto de la capital de España. Tal fué la primera consecuencia de la memorable batalla.

A nuestro juicio, esta brillante y decisiva victoria debiera constituir, en la historia de nuestras guerras por la independencia de la patria, una página singular, de grandes enseñanzas militares. Creer, como algunos creen, que con ferrocarriles, dirigibles y aeroplanos, ya no volverán á repetirse ciertos grandes hechos, dependientes más de la geografía que de los hombres, es salirse de los límites de la realidad.

Si otra vez ardiera Europa en guerras, por la aparición de un segundo genio napoleónico, volvería España á ser el punto de resistencia del ejército inglés, aliado á nosotros y á los portugueses, y entonces entrarían de nuevo en funciones las líneas de Torres-Vedras y se repetiría el importante papel militar de Salamanca y de Ciudad Rodrigo, plazas á las que convendría atender con verdadero empeño.

Es de justicia que recuerde los brillantísimos servicios prestados á Wellington, por los guerrilleros españoles y muy especialmente por don Julián Sánchez y los charros á sus órdenes.

En definitiva, á ellos se debe la victoria de los Arapiles, porque sin su ayuda no habría podido Wellington distraer y dividir las fuerzas de Marmont, cuando éstas se hallaban en posición excelente sobre la derecha del Duero.

Ricardo M. Unciti,
Comandante de ingenieros.



POR AMOR A LA PATRIA

La batalla de Arapiles fué consagrada justamente como la más admirable y decisiva de cuantas libraron en España los ejércitos aliados contra las tropas del Imperio. Al presentarse ante la representación nacional, reunida en las Cortes de Cádiz, el secretario de Guerra, y pronunciar estas sencillas pero sublimes palabras: «Señor, anuncio á V. M. la derrota del mariscal Marmont»; la asamblea se estremeció de emoción y de entusiasmo, y el divino Argüelles, el conde de Toreno, todos aquellos hombres insignes estimaron que el hecho de armas, concluido con tan singular victoria, aseguraba la independencia española, rescatao nuestra libertad comprometida.

Es primordial deber de las naciones guardar el recuerdo sagrado de su historia para que ella sea galardón de glorias pretéritas y estímulo para las generaciones venideras. Por eso el centenario de la batalla de Arapiles tiene una alta significación, y al aprestarse á celebrarlo el pueblo salmantino, es digno heredero de las virtudes de una generación heroica educada en el sacrificio y en el amor á la patria.

José Canalejas,
Presidente del Consejo de Ministros.

DESPUES DE UN SIGLO

EN EL CENTENARIO DE LA BATALLA DE LOS ARAPILES

Cien años nos separan de distancia de aquel glorioso día.

España es todavía,

todavía á su vez es Francia, Francia.

De sus odios, agravios y rencores

cuenta dió el tiempo, cuyo influjo debe

hacer salir el fruto de las flores

como el sol saca el agua de la nieve.

Sobre estos cerros, campo de batalla

en los días heroicos y aciagos

ni un solo resto se halla

que recuerde la guerra y sus estragos.

Estas cumbres desiertas

donde tantas naciones enemigas

pelearon audaces, hoy cubiertas

se ven de áureas espigas.

Y paseando en torno la mirada,

diríase, que en prodigio tributo

aquella noble sangre derramada

está dando su fruto.

Tan sólo á la memoria

vivo y claro el recuerdo se presenta,

de aquella gran victoria

tanto más grande cuanto más sangrienta.

Y este recuerdo que inmortal se ha hecho,

es cuanto queda á salvo del olvido.

Conservemos también en nuestro pecho

un resto de piedad para el vencido.

que á esta ofrenda de amor tiene hoy derecho.

Cándido R. Pinilla.

Hay un momento psicológico en la Historia de los pueblos en que se despliega netamente, precisamente, la reconditez más exquisita de su personalidad.

El espíritu español—este espíritu tan desconocido y tan complejo—no es probablemente un espíritu agresivo.

El más grande momento de agresión que en nuestra Historia se ha producido—el envío de la Invencible á las costas inglesas—no fué como dice Ganivet, obra exclusiva de nosotros: nosotros pusimos el brazo, pero no pusimos el pensamiento, puesto que el interés político ó religioso no abarca todo el pensamiento íntimo de una nación.

Donde nuestra personalidad se ha destacado más escueta, más luminosamente, más briosamente, con ese rasgo característico de lo ibérico, comprendiendo toda el alma de la raza, ha sido sin duda en la guerra de la Independencia.

En ella ha brillado nuestro espíritu de resistencia. Arapiles sobre ser una aventura legendaria y un florón más que añadir á la áurea corona de Castilla, es un dato psicológico de la mayor importancia para el trazado de la fisonomía española.

Ante la brutal agresión del Terror de Europa, ese espíritu castellano charro,

de los espíritus como los cuerpos
y de los cuerpos como los robles,

presento toda la fortaleza de su pecho robusto y animoso.

De estos momentos puramente heroicos, ha de tomar la España actual su orientación histórica, apropiándose todo el elemento crítico en la concepción moderna de la vida.

Para los que sentimos hondamente el amor á esa tierra, el nombre de Arapiles tiene las briosas tonalidades de una aventura del Romancero.

Antonio Palacios,
Senador por Salamanca.

A batalha de Salamanca

A redacção de EL ADELANTO, no patriotico intuito de recordar o notavel feito, da guerra da Península, que se representou nos mimosos campos da historica cidade de Salamanca, no dia 22 de julho de 1812, vem enriquecer com um numero especial, da sua collecção a serie, já tão numerosa, das publicações a que a gigantesca lucta dos principios do seculo passado deu origem.

E de todos os acontecimentos de 1812, a batalha de Salamanca é indubitavelmente o mais importante.

Wellington, o duque de ferro, libertado Portugal pela jornada gloriosa das linhas de Torres a Fuentes de Onoro, tomadas Badajoz e Ciudad Rodrigo, julgou chegado o momento de operar no norte da Península, ameaçando o inimigo na sua propria linha de communicações com a França.

Obtido o accordo e o concurso da Hespanha, envia-se a expedição a Catalunha, destinada, como a de Cadiz, a paralizar os movimentos do inimigo; e o exercito anglo-luso, a que se juntara a divisao hespanhola do general don Carlos de Hespanha, deixa então os seus acantonamentos, do Agueda e em 13 de junho abalou na direcção do Tormes.

Salamanca, a historica cidade universitaria, primeiro objectivo de Wellington, foi logo occupada no dia 17, porque á aproximação das nossas forças, os francezes retiraram-se para as proximidades do Douro deixando comtudo 800 homens d'infantaria e alguma artilharia, tudo gente escolhida, entrincheiradas sobre o Tormes, para defenderem a ponte. O chefe do exercito anglo-luso, na persuasão de que a resistencia offerecida por elles seria pequena, ordenou a Bowes que os atacasse, mas este general foi morto eo ataque for repellido.

Havia então sobre uma altura do lado do rio, e creio que ainda existsem as suas ruinas, um grande e velho edificio de grossas e denegridas paredes,—o convento de San Vicente,—rodeado por espessa casaria. Para o sul, e separado desta por uma linha d'agua, ha outra altura escarpada, onde campeavam os conventos das Mercês e San Caetano. Foram estas alturas que os francezes fortificaram, transformando em fortes os alludidos conventos, tendo previamente arrasado todos os edificios que lhe ficavam a rectaguarda, alguns d'elles verdadeiras reliquias do passado, para isolar os recintos organisados defensivamente.

Os aliados por seu turno estabeleceram baterias no convento de San Bernardo, e no bordo das alturas, abrindo o fogo ás seis horas da manhã do dia 18 de junho, contra o convento de San Vicente. Em 19 abateu quasi todo o tecto do edificio, com enorme estrondo, soterrando parte da guarnição. Por falta de munição interrompense o fogo, que recommçou no dia 26, com projecteis, incendiarios e com grande intensidade, sobre os três conventos. Na noite de 26 a guarnição ainda conseguiu extinguir o fogo por dieciocho vezes! A final, exhaustos, e vendo romper as chammas de todos os lados, os francezes renderam-se no dia 27.

Destruído este obstaculo, atravessou-se o Tormes continuou-se a marcha para a frente, e no dia 8 de julho o exercito anglo-luso e a divisao hespanhola de don Carlos de Hespanha achavam-se sobre as alturas que se erguem entre os valles do Guareña e do Trabancos, tendo a sua esquerda junto d'aquelle rio, a direita em Rueda, o centro no rio Trabancos, e alguns pontos importantes occupados na frente. Por sua vez, Marmont, que substituirá Massena no commando do exercito chamado de Portugal, occupava a margem direita do Douro, desde Toro a Simancas.

Como as aguas d'aquelle rio, a pesar da estação das chuvas ir longe, avolumavam consideravelmente e immobilisavam os dois exercitos em frente um do outro, Wellington, em cujos processos entrava sempre, como se sabe, o fazer dispersar o inimigo pela falta de recursus, esperou em vão que a impossibilidade de fazer viver um poderoso exercito obrigasse Marmont a retirar. Enganou-se, porém, nas suas previsões, porque este general tomou a offensiva, e manobrando habilmente, fez uma demonstração sobre o flanco esquerdo de Wellington, pondo em pratica o seu intento, que era afinal ameaçar a retirada dos anglo-lusos na direcção de Ciudad Rodrigo. Em 19 atravessou rapidamente o alto Guareña, dirigiu-se para a margem do Tormes, seguindo-o o seu adversario, sem che perder um movimento, passo a passo, e dando-se nesta marcha o facto curioso de os dois exercitos coroarem as cristas das montanhas e de se deslocarem parallelamente um ao outro, apenas a distancia de metade d'um tiro de infantaria, observando-se cautelosamente, promptos a lançarem-se um sobre o outro quando se apresentasse uma oportunidade. De tão perto se observavam, que officiaes e soldados, esquecidos de que d'ahi a algumas horas, ás ordens dos seus chefes, iam jogar a vida saudavam os contrarios, agitando no ar as barretinas. Em 21 Marmont passou o Tormes, sempre no mesmo intuito de interceptar a estrada de Ciudad Rodrigo. A noite foi horrivel, pela violenta tempestada que se desencadeou naquellas paragens. O estampido dos trovões foi tão violento, que algumas dezenas de cavallos quebraram as prisões e corriam espavoridos pelo bivaques. Em 22 Marmont continuou a sua marcha, e num dado momento a sagacidade de Wellington perceberen que o seu adversario cometera o erro de separar demasiado a ala es-

querda do centro. Chegára o momento oportuno, que era necessario aproveitar, sob pena de ter de abandonar o campo para evitar que a sua retirada corresse perigo! A ordem de acometter foi dada sem demora. Eram cerca de três horas da tarde. A 3.ª divisao avançou logo sobre o inimigo; a cavallaria portuguesa, com um regimento inglés, partiu a tornear o adversario; outras divisões vieram reforçar a 3.ª; um dos Arapiles, que nós occupavamos desde o principio da batalha, foi perdido e conquistado logo depois; o major-general Le Marchant morre a frente da sua brigada; Marmont, ferido, abandona o commando a Bonnet, que, igualmente posto fóra do combate, não tarda a ceder o seu lugar a Clausel. E em menos de três horas o exercito francès retirava desbarotado, perdendo num momento as vantagens que conquistara com as suas habéis manobras!

Um official portugues que tomou parte na batalha, escreve sentidamente no seu diário: «parece até que os elementos nos auxiliavam, pois na occasião do maior ardor da lucta foram as nossas balas e baionetas acompanhadas de uma nuvem de pó arrastada por impetuoso vento, levantado naquelle momento, que envolven o exercito inimigo, o qual deixou em poder dos nossos para cima de 6.000 prisioneiros».

Os ingleses perderem na refrega, mortos 400 homens; os portugueses, 300.

Anno seguinte ingleses, hespanhoes e portugueses, unidos no mesmo nobre pensamento de essuagar a oppressão, cahiram de novo sobre os francezes, mas já então decididos a não mais retirar.

Eis, nas suas linhas geraes se frouscamento descrito, o grande feito de armas a que EL ADELANTO paga nobremente o tributo da sua admiración e do seu reconhecimento.

Teixeira Botelho,
Major da artilharia portuguesa.



Don Matias Mediano,
Médico titular de Arapiles.

LOS ARAPILES

Hace un siglo se hallaban colocados frente á frente, en los pelados cerros salmantinos, dos ejércitos: el uno combatia por borrar las fronteras, por hacer francès lo netamente español; el otro por su independencia, por conservar la unidad dentro de la variedad.

Y la unidad se conservó y afirmó robusta. Llegando á las entrañas del heroico pueblo español gracias al fecundo riego de la generosa sangre de nuestros antepasados; pero la idea se abrió paso y llenó el mundo, pues lo vario en lo uno es condición universal de la vida.

En lucha callada y silenciosa, en que el cañón no truena ni la sangre riega los sedientos campos, en que el laurel no cine las sienas del triunfador, nos hallamos todos los días, pues siempre lo nuevo lucha con lo viejo, lo que cristalizó con la que aspira á constituirse en nueva forma.

Los triunfos de las armas son rápidos, brillantes: por eso los pueblos que aprecian primero lo externo y formal, conmemoran en su historia las epopeyas y coronan de laurel á los iniciadores del movimiento progresivo, á los que actuando como fuerza instantánea facilitan la acción de la fuerza continua, representada por los hombres de férrea voluntad, que son los encargados de hacer crecer y de fortificar la gloriosa semilla regada por la generosa sangre de los brillantes ejércitos.

Al conmemorar el centenario de Arapiles, que no olviden los descendientes de los héroes de la Independencia, que sus padres les legaron una misión sagrada: la de constituir una España que lo sea, es decir, que dentro de lo uno conserve las notas que la declaren varia.

Y eso se consigue con una voluntad disciplinada, perseverante, que impulse lenta, pero seguramente, hacia el ideal humano.

Isidro Pérez Oliva,
Diputado á Cortes por Salamanca.

FIGURAS DE LA GUERRA

THIEBAULT EN SALAMANCA

Per qué nos ocupamos de Thiebault.-Opiniones contradictorias.-Boceto biográfico.-Primera estancia de Thiebault en Salamanca y su amistad con el obispo Tavira.-Thiebault viene de gobernador á nuestra ciudad el año 1811 y su permanencia hasta visperas de la batalla de Arapiles.-Mejoras urbanas que realiza y su proceder con el Cabildo Catedral.-Thiebault y la Universidad.-Publica un "Informe sobre la Universidad de Salamanca,,.-Por qué ésta le nombró doctor honorario y solicitó del Rey Intruso el distinguido honor de Juez conservador de ella.

La razón que justifica hayamos fijado nuestra atención en un General que no tomó parte en la batalla de Arapiles, en este extraordinario, consagrado á aquel memorable suceso, es la singularidad que ofrece este ilustre extranjero. Pues cuando todos los franceses que pasaron por nuestra ciudad hacían funesta labor destructora, Thiebault embellece á Salamanca, no adelantemos la legalidad ó ilegalidad de los medios empleados, con verdadero gusto estético. Bien claramente lo demuestra la hermosísima plaza que formó entre el Colegio viejo y la Catedral nueva, antes afeada por las tortuosas calles de San Sebastián y las Cadenas. El ilustre Ganivet, en su título *El alma de las calles*, ha recogido esas misteriosas impresiones que sugieren las calles y plazas, palpitantes de ideas evocadoras.

Por las emociones estéticas que he sentido en la plaza de Thiebault, hoy de Anaya, soy deudor á aquel General de gratitud sincera, aunque se quedan remolones en mis adentros algunos escrúpulos por la manera como llevó á cabo esta obra.

Aguijoneada mi curiosidad por conocer esta figura, quise verla primero en el propio ambiente de las historias francesas; busqué luego en el fondo de las extensas *Memorias* que el mismo Thiebault escribió, y, por último, algunos profes

que con el furor de sus cañones, con la fuerza persuasiva del afecto y los esplendores de una civilización más adelantada.

**

Nació Thiebault en Berlín el 14 de Diciembre del año 1769.

Según la costumbre alemana de tener varios padrinos y madrinas, nuestro héroe, que tuvo seis, recibió los nombres de Dieudonné, Adrién, Paul, François, Charles y Henry. De todos estos nombres no conservó más que Paul, que debía á Paul-Jerémie Bitaubé, su tercer padrino, gran helenista y literato.

Fué su padre Dieudonné Thiebault, figura venerabilísima y simpática, de afable trato, pero de firme y recto carácter. Madame Thiebault era de tal manera bondadosa y estaba dotada de una sensibilidad tan exquisita, que M. de Valmont escribe: «L'esprit de madame Thiebault n'a pas de bornes, et on lui trouve toujours autant d'esprit qu'on sait lui en chercher».

Apenas había cumplido nuestro joven tres años de edad cuando se grabó en él el primer recuerdo, que claro y distinto duró en toda su vida. El mismo nos lo cuenta y nada más simple en la apariencia. Su padre hizo destruir un tabique y el joven Thiebault seguía los trabajos de demolición con gran júbilo. Y con la importancia que dan los franceses á todo lo episódico, se detiene el General á examinar las causas de aquel contento, producido, acaso, por misteriosos resortes que hacen que los niños, y á veces también los grandes, amen extraordinariamente la destrucción. Tal vez porque ésta es ruido, sorpresa, rapidez de efectos, no es continua y por tanto no exige esfuerzo mental como lo exige el edificar, el construir alguna cosa.

Si nosotros fuéramos tras la novela, tras lo extraordinario, también encontraríamos en aquella escena de la niñez de nuestro General un anticipo, un presagio de sucesos que más tarde había de presenciar nuestro biografiado. Por qué no se perpetuó esa demolición ante sus ojos? ¿No fué testigo el ilustre General de cómo esos dos albañiles de la infancia estaban empeñados en la titánica empresa de demoler la vieja casa solariega de nuestra, España hasta dejar como un esqueleto la férrea armadura nacional?

Una cosa parece le distinguió siempre: la firmeza de su carácter que le hacía no cejar en sus empresas una vez que las comenzaba.

—Jamás, dice, he podido contemplar una cosa sin que no haya sentido necesidad de hacerla por mí mismo.—Solo por esta tenacidad que ya revelan al hombre de acción, llegó en poco tiempo á ser un hábil instrumentista, exponiéndose en grandes conciertos.

Uno de sus amigos que le acompañaba en sus paseos imitaba con rara maestría el canto de los pájaros, pues Paul no podía quedarse atrás, y llegó á imitar á los ruiseñores con arte tan singular, que éstos le contestaban cuando el jovenzuelo entraba en el bosque. Por esta misma poderosa fuerza volitiva logró libertarse de dos terribles defectos que le atormentaban sobremedura: sordo y tartamudo.

Según crecía en años, iban manifestándose más patentes sus sentimientos, y ya con las espléndidas revistas de *Gesundbrunnen*, las manobras militares de Mayo y la partida de las tropas alemanas para la guerra de Teschen, se despertaron sus aficiones militares.

No podía encontrar mejor ambiente nuestro joven. Era la época en que el gran Federico se presentaba en las maniobras de Mayo con todo el estruendo y aparato militar. Aquellos magníficos cuerpos de ejército, moviéndose como un sólo hombre, le interesaba tanto, que según dice Thiebault (padre) en su obra *Souvenirs de vingt ans*, tomo IV, página 280, «frecuentemente me contaba mi hijo sus impresiones con tal entusiasmo y precisión, que no parecía sino que estaba tan cerca de los generales que les oía dar las órdenes y discutir planes de campaña».

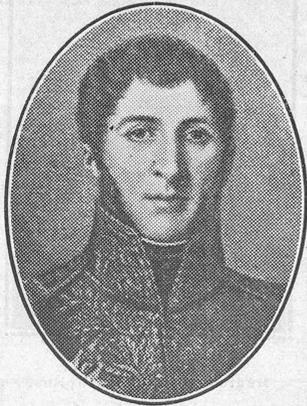
Es fuerza que ya que queda esbozado el carácter del joven Thiebault, prescindamos de seguir paso á paso su vida. Pasemos por alto sus brillantes éxitos en la Universidad de París, donde estudió Derecho, el importante papel que desempeñó en la gran ciudad en un periodo de revolucio-

nes é intrigas, sus campañas militares en Italia, Alemania, Portugal y España, limitándonos á estudiarle en sus relaciones con esta ciudad, donde dejó indeleble huella de su paso.

**

Llegó por vez primera á Salamanca Thiebault el 26 de Junio del año 1801, de paso para Portugal. Era á la sazón Obispo el ilustrísimo señor don Antonio Tavira y Almazán, con quien entabló gran amistad. Estas relaciones de Tavira y Thiebault han sido la causa de muchos cargos que se han hecho á aquel preclaro Obispo, que en erudición y ciencia fué el Menéndez Pelayo de su tiempo. Cuenta el mismo Thiebault que comía todas las semanas con él, y estando al balcón una tarde, concibió el proyecto de demoler las casas que formaban las calles de San Sebastián y las Cadenas, dando perspectiva á la Catedral y Colegio viejo. El ilustrísimo señor Tavira le dijo que ya lo había intentado, pero que opuso resistencia el Cabildo (1).

En la imposibilidad de estudiar la ilustre personalidad del *Fenelón español*, copiamos la inscripción de la lápida que se puso en su sepultura, que casi seguramente se halla en la Capilla ma-



General Thiebault.

sores franceses me hicieron los mayores encomios del General. Quería oír á los extranjeros antes que á los nacionales, y después de conocer ambas opiniones, formar yo la mía de la lectura directa en documentos fehacientes; es decir, haciendo la historia por investigación personal, cuando esta es posible y eficaz.

Bien sé que una de las cosas que más envanece á los franceses es que la Universidad de Salamanca otorgase el grado de doctor á Thiebault. ¡Oh, doctor por Salamanca siendo francés y en los luctuosos días de la guerra de la Independencia española! ¿Qué motivos de agradecimiento, decían, tendría la Universidad con Thiebault para concederle esa merced sin precedente en los fastos académicos?... Y sin embargo, eruditos franceses, ¡qué caduco y vanal debió parecerle á nuestro General que sabía cómo obtenía su doctorado por esta Universidad, grado nulo ante todas las leyes y sin preceder estudios ni ejercicios, y acreditado más justificante aptitud que la de su despótica autoridad. *Quia nominor leol...* Y es que, salvando todos los respetos que me merece siempre un extranjero, la opinión que he formado leyendo viejos papeles de los archivos de la Universidad y de la Catedral, se acerca mucho á la que tenía el insigne Menéndez y Pelayo, que en su obra *Historia de los heterodoxos españoles*, llama á Thiebault, «Gobernador y tirano de Salamanca...», etc.»

Si el discreto lector me sigue con atención y desecha prejuicios siempre vitandos, sean en uno ú otro sentido, convendrá conmigo en que Thiebault, á pesar de no ser tan funesto como los demás Generales que pisaron nuestro suelo, dista bastante de ser el guerrero culto que vence, más



El guerrillero salmantino don Julián Sánchez, El Charro.

yor de la Catedral nueva, pero la tarima que cubre el pavimento impide comprobar nuestro aserto. He aquí la inscripción según aparece en las actas del Cabildo, y que resume la vida de aquel Prelado famoso:

D O. M.—Antonius Tabira, et Almazan—Ordinis Equestris D. Jacobi Valensis Antistes (2)—Episcopus Canariensis, Oxomensis, Salmanticensis—Pater. Pauperum—Vir. pietate. eruditione. Eloquentia, et doctrina clarissimus—vita functus, in cœlum migravit—VII Idus Januarii. ann. M.DCCCXVII. Aetat. suae L.XIX—non. sine. magna. Patriæ. Litterarum. et Pastoralis officii iactura—Corpus. hoc. subter lapide conditum, requiescit—expectans. resurrectionem. mortuorum.

No tenemos noticia de trabajo especial sobre la personalidad de Tavira. Thiebault le pone entre los hijos predilectos de la Universidad y aña-

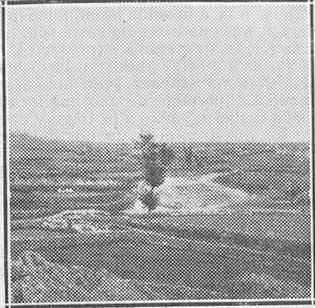
(1) El señor Villar y Macías niega la amistad de Tavira y Thiebault, alegando como razón que éste no vino á Salamanca hasta cuatro ó cinco años después de muerto el obispo. Como Gobernador de Salamanca es cierto que no vino Thiebault hasta 1811 y Tavira había muerto el 7 de Enero de 1807, pero como pasó por Salamanca y residió algún tiempo en 1801, y además Thiebault nos da minuciosos detalles de sus relaciones con el señor Tavira, no hay lugar á duda. En el *Informe* sobre la Universidad de Salamanca le elogia calurosamente. Véase página 57.

(2) Por un error del copista, muy fácil de explicar, se puso Valensis por Uclensis, pues fué Prior de la Real casa de Uclés.



de: «Este famoso Obispo de Salamanca, muerto en 1807, y que jamás será reemplazado, etc.» Véase *Informe*, página 57. En cambio el señor Menéndez Pelayo le dirige graves cargos, que no sabemos si mantiene en la nueva edición de los *Heterodoxos* por no haberse publicado el tomo correspondiente.

Se ha dicho con fundamento que en este tiempo se condujeron los franceses más como dominadores que como aliados, pareciendo también evidente que no fué la moderación y la sobriedad lo



Vista del pueblo de Arapiles.

que les caracterizaba. El mismo Thiebault nos habla de la sociedad *les alterés* que fundó en nuestra ciudad su amigo La Salle, donde Sotte, Texier, Threhot, Dupaty, etc., y otros muchos se entregaban a pasatiempos nada educadores ni recomendables.

Llegó Thiebault por segunda vez á Salamanca en los primeros días de Febrero del año 1811, como Gobernador del séptimo Gobierno de España. Noticioso de ello el Cabildo acudió á saludarle y ofrecerle los respetos que la cortesía aconseja, siendo recibidos por Thiebault á quien «al parecer hallaron adicto y expresivo á favor del Cabildo». Aprovechando éstas, al parecer buenas intenciones, se acordó en el Cabildo del 4 de Marzo del año 1811, á propuesta del señor canónigo doctor don Marcelino Sánchez Rangé, hacer un estado «del valor que han tenido los suministros hechos á las tropas imperiales en contribuciones extraordinarias tanto exigidas á la comunidad, del fondo de sus rentas que estaban para repartirse, como de los señores Capitulares en particular con el valor de los cortes ejecutados en los montes y alamedas del Puerto de la Calderilla y las llamadas Salas Bajas para que quede el Cabildo en el predicamento que debe para con S. E. y use de su benignidad con el Cuerpo y sus miembros en la lamentable situación en que se halla constituido». Así, en efecto, se hizo, y al presentarlo al Gobernador, dice el acta del Cabildo celebrado el 8 de Marzo del mismo año que les hizo ofertas «muy agradables y finas».

Tres días más tarde se volvió á celebrar Cabildo y los canónigos señores Masgüevarán y Rangé dijeron que el señor Thiebault les había llamado para decirles «que las casas que median entre la Santa Iglesia y el Colegio viejo impedían la vista de ambos edificios y debían precisamente demolerse, que recomendaría al excelentísimo señor Duque de Istria se reintegrase al Cabildo el valor de dichas Casas, con algunas fincas segregadas por la séptima parte, siempre que el Cabildo ofreciese las casas generosamente, pues no quería usar de sus facultades, y tenía resuelto irremisiblemente la demolición porque juzgaba, que haciendo esta oferta, el Cabildo lograría mucho más en sus intereses y atención».

No es de extrañar, por tanto, que el Cabildo ante esta comunicación, que tenía mucho de mandato, se conformase en un todo «así en la sustancia como en el modo» con los deseos de Thiebault, encargando á los dos Comisarios manifestasen esta sumisión al general como asimismo la esperanza de ser indemnizados con lo correspondiente de la séptima parte.

Thiebault puso inmediatamente en práctica su idea, pues en el Cabildo celebrado el 15 de Marzo del mismo año, expuso el señor Canónigo Magistral: «Que en el día de ayer 14 se le había notificado por el Alguacil mayor del Juzgado Real de esta Ciudad, y de orden del señor General Tibot, que en el término de ocho días dejase libre la casa de su habitación para demolerla con las demás señaladas entre esta Santa Iglesia y Colegio viejo: que se hallaba en el mayor conflicto, porque no tenía casa en que vivir, ni en tan corto tiempo el era posible mudar sus muebles.» Por lo tanto, el Cabildo, atenuando á las generosas ofertas que hizo Thiebault de hacer pagar incluso los doscientos mil reales que debía la ciudad al Cabildo, acordó que los Comisarios ya nombrados visita-

ren de nuevo á S. E. y le expliquen y hagan ver los gravísimos perjuicios que se les seguirán á los señores Capitulares, moradores de las casas que se han de demoler, sino se les da, á lo menos, un mes para buscar habitación y mudar sus muebles, juntamente con la esperanza de ver realizados los buenos propósitos del general que se debían al Cabildo de la Santa Basílica Catedral.

Y á pesar de lo que insistieron los comisionados respecto al plazo señalado para desalojar las casas, vemos por el acta del Cabildo ordinario celebrado el 18 de Marzo del mismo año que no pudieron conseguir más que otros ocho días de término, y que serían avisados por el Alguacil mayor. Y no se vuelve á hablar más en los libros de actas capitulares de este asunto y mucho menos de indemnización y reintegro alguno al Cabildo.

En resolución, se demolieron las casas formándose la hermosa plaza que primero llevó el nombre del General y más tarde de Anaya, verdadera mejora urbana digna de aplauso, aunque Thiebault procedió con el Cabildo con notoria mala fe.

El mismo deja traslucir en sus *Memorias* que no tuvo intención de indemnizar al Cabildo, al que trató siempre con dureza y despotismo, entrometiéndose en asuntos que no eran de su competencia. Así, por ejemplo, se le antojó que su amigo el canónigo y catedrático de la Universidad, doctor don Marcelino Sánchez Rangé pasase un año en París, y envió al Cabildo la siguiente comunicación: «Señor Deán.—El señor canónigo Rangé parte con una autorización legal para un viaje que interesa á la provincia y á la Universidad, y que puede necesitar una ausencia de un año. Por lo que hace al modo de tratarle durante su ausencia, lo será como debe tratarse á los señores Canónigos enfermos.—Reciba usted la seguridad de mis sentimientos distinguidos.—El General de División Gobernador, Thiebault.—Salamanca y Mayo 24 de 1811.—Dé usted parte de esta carta á todo el Cabildo. Thiebault.» Por cierto que este señor canónigo, á los nueve ó diez meses de estar en París, escribió al Cabildo diciendo que se hallaba con una orden de S. M. para continuar en París un año más.

No menos despóticas eran las laconicas comunicaciones dirigidas al ilustrísimo Cabildo cuando había que celebrar algún acto religioso en la Catedral por alguna victoria francesa ó algún acontecimiento acaecido al Gobierno Intruso.

Pasemos á estudiarle en sus relaciones con la Universidad.

Comenzaron las relaciones de Thiebault y la Universidad á fines de Febrero del año 1811, con los mismos ofrecimientos que en análoga ocasión hizo al Cabildo cuando fué á cumplimentarle por su llegada á esta ciudad. Como á aquél, les encargó hacer un estado de la situación económica y medios de mejorarla. Y en el Claustro celebrado el 23 de Junio del citado año, se da cuenta de

volver á pasar por Salamanca el Duque de Istria, leerle doscientos folios de historia de la Universidad, que mereció la aprobación de S. E. Thiebault imprimió en seguida el *Informe* traducido al español por don José Rodríguez Vega, comisario general de policía del 7.º gobierno de España, del que era Gobernador Thiebault. Se imprimió en Salamanca en la oficina de Celestino Manuel Rodríguez Grande. Forma un volumen de 120 páginas en octavo, y está dedicado á José Bonaparte.

Si dispusiéramos de espacio, nos ocuparíamos con detención de este *Informe*, y para dar una idea al lector, diremos las cuestiones que en él se tratan: «I. De la creación y de la historia abreviada de la Universidad de Salamanca.—II. De las constituciones y estatutos que sucesivamente ha recibido.—III. De sus principales trabajos y de la consideración de que ha gozado.—IV. De los hombres más célebres que ha poseído y producido.—V. De sus rentas, de sus dotaciones y de su situación actual.—VI. De los motivos que justifican su conservación.—VII. Del modo de dotarla y de la dotación y recursos que necesitara.—VIII. Del plan que al parecer le conviene mejor, y de los medios de perfeccionarlo.» Termina con algunas reflexiones á modo de conclusión.

Este *Informe* contiene algunas noticias interesantes que merecen meditarse y pasma la actividad de Thiebault que supo mover á gentes acostumbradas á ir despacio. Hay, sin embargo, errores manifiestos, omisiones de hombres de esta Universidad verdaderamente inexplicables y muestras tan patentes del espíritu del autor como los párrafos que dedica á la Inquisición española y á la regencia de cátedras por religiosos «enemigos implacables de las ciencias útiles y del buen gusto, y que han formado esta lepra que devora todavía á la España».

En junta celebrada el 6 de Noviembre de 1811 (pues no hubo suficiente número de claustrales para Claustro pleno) se da cuenta de un oficio que remitía Thiebault con cinco ejemplares del *Informe*. Y se acordó nombrar dos señores Comisarios para visitar á S. E. y darle las más expresivas gracias, presentándole la contestación por escrito para perpetuar así más el agradecimiento de la Academia. Que de los cinco ejemplares uno se dé al señor Vice-Rector, otro al Cancellario y los tres restantes se coloquen en la Biblioteca, poniendo á su frente una nota en que constase que eran regalo de S. E. Fueron comisionados los doctores Alba, Vice-Rector y doctor Guedeja, quienes solicitaron asimismo de Thiebault la exención de contribuciones, alojamientos y demás gravámenes que pesaban sobre el Estudio. Con esto parece que debía quedar satisfecho el General, pero en el Claustro pleno celebrado el 8 de Noviembre del mismo año hizo constar el doctor Guedeja que se había ocurrido á los Comisarios que podía suceder que al visitar al señor General Thiebault «se explicase éste en términos de querer de parte de la Universidad algún título honorífico á su persona como el de Conservador ó Doctor de ella, que para este caso sería bueno ir preve-



Una calle de Arapiles.

un oficio de Thiebault pidiendo á la Universidad un catálogo de los libros que hayan quedado de comunidades y colegios, nombrándose para formarlo comisarios á los señores doctores Román, Aces, Guedeja, Piñuela, Magarinos y López Isidro. Así las cosas, aprovechando Thiebault el paso del Duque de Istria por Salamanca, comandante en jefe del ejército del Norte de España, le llamó la atención sobre el estado deplorable en que se encontraba la Universidad, diciendo que ahora estaba exhausta, sus claustros desiertos, animados en otros tiempos por miles de estudiantes. El duque prometió volver en breve, y entonces Thiebault reunió en su casa á varios doctores amigos suyos, entre los cuales es casi seguro que fuera el alma el doctor Salgado, y logró que al

nidos con instrucciones convenientes de parte del Claustro».

Quizás le extrañe al lector esta prevención de los Comisarios, pero se aclarará el enigma leyendo las juntas secretas que correlativas á las públicas se celebraron y que nos previene esta nota que se halla al folio siguiente del acta del pleno de 8 de Noviembre. Dice así: «Nota. Con este Claustro y las juntas que se continúan en este mes sobre asuntos del general Thiebault hasta 21 y 22 de Noviembre y aun la celebrada en 12 de Enero de 1812 se han de tener presentes las juntas secretas originales que se hallan colocadas y firmadas por mí, el Secretario, en seguida de la junta de 12 de Diciembre de 1811 sobre asuntos del general Thiebault y en ellas constan los

motivos porque se tuvieron secretas, por el peligro que amenazaba a la Universidad y a los individuos de la junta.—Ledesma, secretario (rubricado).

Es desolador leer los claustros y juntas de los meses de Noviembre y Diciembre de 1811, Enero y primeros de Febrero de 1812 en los que con insistencia engorrosa no se habla más que del General Thiebault. Y vamos a dar al lector una idea de las pretensiones de éste y del proceder de la Universidad.

Empezó el General por atraerse la voluntad de algunos claustrales, entre los que descuella por más afrancesado el doctor Saigado. Este hombre parece que era muy imperioso en sus deseos y tenía gran influencia en el Vice-Rector, doctor Alba, á la sazón muy viejo y de poca energía. Por tanto una de las cosas que exigió Thiebault fué que entre los Comisarios que se ocupasen de sus asuntos había de figurar el doctor Saigado, como así lo dispuso el Claustro, quedando nombrados Comisarios los señores Vice-Rector, doctores Ayuso, Hinojosa, Saigado, Mintegui, Bárcena y Baradat para lo que se relacionara con el Gobernador.

Primeramente se trató de pedir el Grado y la Conservaduría al Rey Intruso, pero hizo constar Saigado que era notoria la indisposición de aquél con Thiebault y había el peligro de que no obtuviesen favorable sanción de S. M. Por tanto acordaron que el título de Doctor, «que era el que más halagaba su vanidad, porque supone ciencia», se lo otorgue la Universidad por sí misma, encargándose el doctor Saigado de redactar el Diploma (1) y Baradat la exposición al Rey pidiendo la Conservaduría. Después de haberse discutido estos asuntos en las juntas del 9, 10, 11 y 12 de Noviembre se acordó en el Claustro pleno del 13 de Noviembre enviarle el título de Doctor, firmado por el Secretario de la Universidad y se leyó la representación hecha á José Bonaparte pidiendo el nombramiento de Juez Conservador de la Universidad á favor de Thiebault. Todos los Doctores asintieron y comisionaron á la misma junta para ejecutarlo todo á la mayor brevedad. En efecto, la junta, «en traje de Escuela», fué á entregar el diploma de Doctor á Thiebault, con quien estaba ya Saigado, y los recibió de uniforme, mostrándose muy amable y afectuoso con los Comisarios.

En el Claustro pleno celebrado el 22 de Noviembre, se leyó una carta en francés y español dirigida á la Universidad por Thiebault, dando las gracias enfáticamente por la merced que le otorgaba el Claustro firmando *Paul Thiebault, docteur de l'Université de Salamanca*.

En juntas posteriores á esta fecha, se siguió tratando de la Conservaduría, anulando la exposición de Baradat, haciendo una nueva Saigado, que no agradó completamente á Thiebault, y concluyendo éste por hacerla él mismo y exigir de la Universidad que la firmase en seguida. No contento con esto, exigió que se le pusieran notas al Informe, y que se nombrase también doctor honorario al excelentísimo señor don Mariano de Urquijo, secretario de Estado.

En resumen, y para no cansar más la atención del lector, la Universidad pasó por una época trágica que bien se trasluce por los libros de Claustros, de cuentas y matrícula. La esperanza de que Thiebault pudiera aliviar su estado económico, ó al menos no aniquilar por completo nuestra Universidad, pues decía que no debía haber más que cuatro en todo el Reino, y la amenaza de llevar á los catedráticos á Bayona, fueron otras tantas razones que, sino disculpan, atenúan el proceder del Claustro en aquellas críticas circunstancias. Y solo queda como débil queja exhalada en las misteriosas juntas secretas, la protesta perdurable de aquellos doctores Ayuso, Hinojosa, Mintegui, Bárcena y Baradat, y, sobre todo, la valentía del doctor Cantero, el único que en público se opuso alguna vez á los ambiciosos deseos de Thiebault.

Antonio García Bóiza.

En el centenario de la batalla de Arapiles

Cuando las nebruras de nuestros desastres coloniales, derrocando la leyenda bélica, pesan aún sobre nuestro espíritu como un sueño angustioso, cuando el presente es triste, pobre é incierto y obscuro el porvenir, consueta volver al revés las hojas del libro de la historia y hallar en la leyenda militar, gloria y honor para la patria, alientos para los que avivan y acrecientan nuestro cariño hacia ella y estímulo para los corazones pusilánimes. Unicamente los hijos ingratos pueden olvidar que á la patria como á la madre, cuanto más pobre y desgraciada es, más se la debe querer y honrar. Prueba de los sentimientos nobles é hidalgos que en España perduran, es el homenaje que toda ella rinde á la hermosa epopeya de

(1) Por temor á no alargarnos demasiado no copiamos como curiosidad el texto de este escrito.

principios del pasado siglo, que se llama la *Guerra de la Independencia*.

Salamanca, siempre hidalga y noble, no podía faltar á ese concierto de voluntades y sentimientos patrióticos, toda vez que en su suelo tuvieron lugar batallas y combates de impercedero nombre, como los de Tamames, Alba de Tormes, Arapiles, sitios de Ciudad Rodrigo; y al conmemorar hoy el centenario de aquella batalla, que los franceses denominaron de los «Arapiles» y el ejército aliado, de «Salamanca», al envolver sin rencores ni apasionamientos en el mismo homenaje al ejército francés, que heroico y valiente sufrió una derrota, y al victorioso ejército aliado compuesto de ingleses, portugueses, alemanes y españoles, lo hacen en forma modesta pero sentida, sin apoyo oficial, pobremente quizás, pero sin que esta pobreza la avergüence, convencida de que no es la cantidad y riqueza de una ofrenda lo que la avalora, sino la sinceridad de ella. Llor, pues, á los bravos que en Arapiles dieron gloria á España y por ella derramaron su sangre; llor también á los valientes vencidos.

Recuerdo perpetuo queda de ellos en el humilde monumento que en el lugar de la batalla se levanta, como lo queda en los corazones de los que amando al pasado, y de él buscando enseñanzas, tenemos fe en el porvenir.

El Alcalde de Salamanca,
Guillermo H. Sanz.

Un episodio de la batalla de Arapiles

Allá, cuando yo por primera vez leí á Michelet, á Tiers y á Lamartine, y conocí á Turgot y al de Provenza, época aquella de mi adolescencia, algún tanto exaltada; allí en aquella década á que me refiero, leí también por primera vez á los tratadistas de la guerra de la Independencia, deteniéndome, naturalmente, y acotando todo lo interesante en la sangrienta batalla de los Arapiles.

Y si me entusiasmaron las cargas de la caballería británica y las habilísimas órdenes del generalísimo Wellington, y los balazos á Marmont y á Bounet, subió mi deleite de punto cuando llegué al episodio de Ramona Sánchez, conocida por *La Colina*.

Esta santa mujer, natural de Arapiles y vecindada en el mismo pueblo, vivió, según cuentan, de la caridad pública. Salía de madrugada á los pueblos limítrofes al suyo, y regresaba á éste á la puesta del sol cargada con algunos mendrugos de pan y media docena de ochavos adquiridos á fuerza de peroratas lastimosas. Cobijábase durante la noche en un cobertizo, y al rayar el alba volvía á emprender la tarea diaria, que no interrumpía ni en los días más crudos del invierno.

Así surcaba la senda de la vida esta infeliz mujer, sin más medios que la limosna, y sin otro amparo que el del cielo.

Y llegó el año llamado del hambre (1812) y el día 22 de Julio. ¿Dónde estuvo la Ramona Sánchez durante la batalla? En un rincón de la escalera de la torre de la iglesia, seguramente rezando y pidiendo al Altísimo la derrota de los franceses.

Las torturas que sufriría aquella débil mujer en aquel sitio recogida; los espasmos de su alma al oír el estruendo del combate; las ideas de angustia que surcarían por su cerebro y los precipitados latidos de su corazón sobrecogido por el miedo que sentía á la soldadesca, quedan para el culto lector, que cuadros como este sólo la pluma del genio puede atreverse á expresarlos.

Así, en esta mortal angustia, pasó las horas del día la Ramona Sánchez. ¿Qué hizo después?

Cuando se apercibió de que había callado el cañón y la fusilería, subió á la torre y desde ella vió que los nuestros eran dueños del campo, y que los otros huían, con la precipitación que produce el pánico, allá por los cuarteles de Alba de Tormes; y vió también que cuatro ó cinco soldados franceses rezagados, llevaban el Cristo del Humilladero para quemarlo...

Observar la Ramona la sacrílega obra que se disponían á ejecutar aquellos soldados con la imagen de Jesús, y lanzarse en su persecución fué obra de un minuto.

Primero se arrodilló ante ellos y les suplicó, con ese sublime lenguaje del creyente; después, les increpó con dureza, y, finalmente, les entregó todo el tesoro que ella poseía á cambio de la imagen.

Los soldados aceptaron los *cuarenta reales*, y la Ramona Sánchez abrazó al Cristo con fruición de santa...

¡Al día siguiente salió de su cobertizo para seguir implorando la caridad pública!

E. H. Gutiérrez.

Hoy hace un siglo que conquistamos el Arapil grande y el recuerdo de esa hazaña está vivo en la memoria de todos.

¡La ciudad de las lides pacíficas celebra el centenario de la sangrienta lucha!

Salamanca olvida la victoria propia, y fija sus ojos en los memorables cerros.

Cantos á los héroes y ruegos por los muertos. ¡Bien por ti, ciudad bendita!

¡Llor á los patriotas de hoy que ensalzan á los valientes de ayer!

El Obispo de Plasencia.



El obispo de Plasencia, señor Jarrín, ilustre salmantino encargado de pronunciar en la iglesia de San Esteban, de esta ciudad, la oración fúnebre de la fiesta religiosa que se celebrará el día 22 de los corrientes en sufragio de los muertos de la batalla de Arapiles.



Los salmantinos en los Arapiles

Intervención de la guerrilla de don Julián Sánchez en el combate.—Las memorias de Gilbert Harryson.—Una carga decisiva.—El guerrillero Lorenzo.—Noticias poco conocidas.

Es creencia general que las tropas españolas tuvieron escasa intervención en la batalla de los Arapiles. En efecto, la acción pesó casi toda sobre el ejército inglés, constituyendo la reserva la división de don Carlos España y los guerrilleros de don Julián Sánchez; pero lo que no se sabe es que la intervención de nuestros soldados decidió la suerte del combate, de tal suerte que una de las dos águilas arrebatadas á los franceses lo fué por mano de un guerrillero de don Julián, apellidado Lorenzo (su nombre lo ignoramos) y originario, según parece, de un pueblo próximo á Ciudad Rodrigo.

Es lo curioso del caso que estas noticias que confusamente yo tenía por viejos papeles de familia, las he comprobado precisamente en Inglaterra. Entre los manuscritos que se conservan en el British Museum, figuran unas *Memorias* de Gilbert Harryson, después conde de Harlinton, oficial del ejército británico que hizo la campaña de Portugal y Salamanca á las órdenes de Wellington, en el cuerpo del general Hill.

Harryson, como teniente, peleó en los Arapiles, y aun resultó levemente herido al final de la acción; en sus *Memorias* describe minuciosamente el combate, que llama de Salamanca, como casi todos los historiadores británicos, y hace constar el hecho que queda consignado.

Siento mucho no tener íntegramente los pasajes que á esto se refieren; cuando pude ver las *Memorias* de Harryson, hace más de veinte años, tenía poco tiempo disponible, y es muy grande la extensión del relato. No obstante, las notas que tomé son bastante completas, y á continuación extracto lo más importante de ellas.

Sabido es que lo más fuerte de la batalla estuvo en la tremenda disputa por el Arapil grande, que las fuerzas francesas ocuparon en la madrugada del 22 y en el ataque de la ermita de Santa María de la Peña. Contra estos puntos embistió el ala derecha del ejército británico; los franceses, apoyados en las espesuras de Calbarrasa, rechazaron infinidad de tremendas acometidas, que costaron muchísima sangre, durante toda la mañana. Cuando el general Marmont extendió en demasía su línea, pretendiendo envolver al ejército anglo-español, Wellington, comprendiendo el error táctico de su enemigo, lanzó contra el centro francés sus más fuertes regimientos de caballería. Y la pelea, muy dura ya en el Arapil grande, convirtióse en durísima en toda la línea.

Hubo que reforzar varias veces los regimientos asaltantes, hubo que retirar algunos, diezmados y fatigados, enviando otros de refresco.

Y el combate permaneció bastante tiempo indeciso. Entonces Wellington, realizando un supremo esfuerzo, mandó contra el centro fuerzas del 27º regimiento de línea inglés, toda la caballería de su país de que podía disponer sin quedarse descubierto y algunas tropas de don Carlos España y de los lanceros de don Julián, quedando otras aun á la expectativa en el mismo punto que ocupaban desde el principio del combate.

Y fué aquel el golpe de gracia dado al enemigo. Briosamente, heroicamente pelearon todas las tropas aquel épico día; pero, según el testimonio del oficial inglés, ningún cuerpo superó en bravura á los terribles lanceros del guerrillero salmantino. En aquellos tiempos aun los progresos del arte militar no habían llegado al punto que hoy día, anulando ó poco menos las iniciativas individuales; los guerrilleros, hechos á pelear uno contra diez, lanzábanse á lo más recio de la lucha sin aquella disciplina severa y fría tan admirable de los soldados británicos, sin aquella rigurosa formación, pero con un ímpetu incontrastable que deshizo rápidamente los escuadrones contra ellos enviados por el general Bonnet, sustituto del general Marmont, herido.

En aquellas espantosas cargas quedó aniquilado el centro francés; falta de apoyo la izquierda, la infantería escocesa pudo coronar el Arapil grande; Bonnet cayó herido, iniciaron los imperiales una retirada, que más que retirada era fuga, y el triunfo quedó por los nuestros... «Al volver los lanceros de don Julián, escribe Harryson, los caballos chorreaban sangre, lanzas y sables estaban mellados, había algunos claros en las filas, pero en el grupo destacaba en hiesta un águila arrebatada por uno de ellos al enemigo». Tal vez no ignorase esto el maestro Galdós cuando, al escribir su episodio *La batalla de los Arapiles*, hace que el protagonista, Gabriel Araceli, realice una hazaña que en realidad llevó á cabo un guerrillero.

Corroborando la información del escritor inglés, en una carta (que conservo) que dirigió á mi abuelo en el año 1837 un amigo suyo, residente en Ciudad Rodrigo, aparece el siguiente párrafo:

«De muertes ha habido una, que de seguro sentirás. Se trata de Lorenzo, el veterano guerrillero de la Independencia, que estuvo contigo en las guerrillas de don Julián y que en los Arapiles cogió un pendón. Aunque no era viejo, estaba muy gastado por las penalidades; ayer vi á su hijo, Antonio Lorenzo, que había llegado de su pueblo por la mañana y se volvía por la tarde y me dijo que su padre había expirado santamente hace cosa de quince días».

Esta carta y las *Memorias* de Harryson demuestran que la intervención de las tropas españolas en los Arapiles tuvo mucha mayor importancia de lo que generalmente se cree. Y es extraño que los autores españoles no nos hablen ó hablen muy confusamente de la tremenda carga que acaso decidió el resultado de la acción.

Segundo Medina Serra.



Don Manuel Sánchez Avila,
Alcalde de Arapiles.

Arapiles y el turismo

El fomento del turismo es ya preocupación mundial; jefes de estado, gobiernos, naciones, se disputan esa labor.

En España también ha comenzado esta patriótica obra. Al frente de ella está persona tan meritoria y entusiasta como el señor marqués de la Vega Inclán.

Y antes el Rey como el más ardiente propagador del turismo español.

Si supiéramos atraer á España el turismo mundial, la riqueza artística que poseemos, la belleza de nuestro suelo y la bondad del clima ibérico, nos harían dueños de la gran corriente de viajeros de la Europa meridional, y ella enriquecería á nuestras poblaciones.

En otoño, del 20 al 30 de Octubre, se celebrará en Madrid el Congreso internacional de Turismo.

La comisión organizadora señala á Salamanca como una de las contadas capitales para excursiones artísticas de los congresistas. Pero necesitamos corresponder á ello con fiestas típicas para recreo de los turistas, y ya ven ustedes que no nos damos prisa á confeccionar el prometido programa.

La gestión de las fuerzas vivas comenzada un día con tanto entusiasmo, ni da ya señales de vida.

Al contrario; de la comisión y sus desgraciadas andanzas hemos un millón de chistes. Y del turismo hay hasta quien opina si sería perjudicial su fomento para Salamanca.

Y con esos chistes y esas opiniones vamos pasando el rato, que es la gran cuestión.

Andrés P.-Cardenal.

ACCION que las tropas españolas, auxiliadas de las portuguesas é inglesas, consiguieron de las francesas el día 22 de Julio de 1812.

Favor le pido á Jesús y á la Virgen Santa y Bella para poder explicar la batalla mas sangrienta, el mas ejemplar combate que habido en nuestra tierra la España con Portugal la Francia e Inglaterra solo habido en nuestra España esta batalla sangrienta. En el pueblo de Arapiles de Salamanca una legua sucedió lo que refiero y todo al pie de la letra. En el 22 de Julio día de la Magdalena comenzaron las guerrillas por la Ermita de la Peña á tacan á los Franceses con mucho valor y fuerza. Caminaban como siempre con muchísima cautela les han llamado atención á todas las tropas nuestras. Mientras haber sipodían con en redes y trata gemas á apropiarse el Arapil que le sirva de defensa. Como al cabo á si lo hicieron quedandose las tropas nuestras

en el monte de la Maza en tanto que los Franceses cojen el Arapil grande con bastante ligereza. Las alturas del sierra peñas agudas bien cerca el teso de la Cabaña también el de la Cuquera las peñas del Castillo halli tienen buena defensa pasaron á la Atalaya de Mirandilla bien cerca colocaron los cañones hora de las dos y media. No quedo noche en el pueblo que el que menos corre buela porque hiban las balas rasas zumbando por las orejas y uno que quedo en el pago muy bien las maesas que le llebaron de guaa y le rompieron una pierna. Se empo á romper el fuego estendiendo la tristeza Porque el menor cañonazo hacia temblar la tierra. Nuestras tropas se retiraron como huyen con destreza. A ellos dicen los Franceses por que ya no nos esperan ni España ni Portugal ni tampoco Inglaterra. Entraremos en Salamanca donde habra buenas meriendas. Veberemos cada uno á dos ó cuatro botellas. Saquaremos la Ciudad que hay mucho dinero en ella y degollaremos á cuantos moradores que hay en ella. Pero detenerse un poco no hay que darse tante prisa que baja por la Pinilla el General Silveira que viene de Salamanca á traer las meriendas. Coje direccion de Miranda á ponerse en de lantera porque ban como leones mejor dire como hienas; por que no temen el plomo tampoco las bayonetas de heridos y prisioneros hicieron muy buena presa. Les quitaron los cañones que tenían para defensa y les ganaron tambien el teso de la Cuquera vamos haora al Castillo que aunque tiene buenas peñas de muy poco le ha servido que hayan hecho resistencia por que halli quedan los cuerpos como los peces encesta. Vamos á hora á la Cabaña que reconcentradas Francesas desde el arrojan mas balas que el cielo tiene de estrellas. Noporeso nuestras tropas se acobardan ni amedrantan que a cometieron con ellos causandoles muchas bajas y se los lleban de lante como si fueran obejas. Sigamos al Arapil como referido queda donde se subió Marmont para her mejor la fiesta. Bajo con umbrazo menos mejor fuera la cabeza pero bueno es que quedara para que baya á sutierra y le cuente á Napoleon como le habio en la guerra. Le cojieron al momento para el monte se lo lleba el va haciendo la llorona el Prefecto Casa Seca. Ahora boivamos al sierra pues ya es la altura postrera donde se reunieron todos para hacer mejor defensa. Ellos bien se defendian mas de poco le aprovecha porque iban las balas rasas y las granadas con ellas. Los brazos de las encinas muchos quedaron por tierra pues no á quedado tomillos nitampoco carrasqueras y sidura mas el día Franceses muy pocos quedan. Viva Sor Welinton y las tropas que gobierna y á hora volbamos al campo para saber como queda de caballos y hombres muertos queda cundida la tierra. Pues no es muy poca distancia que es algo mas de una legua de fusiles mo rreones y de petrechos de gerra no me atrebo anumerarlo porque es muy larga la cuenta. Al arma al arma españoles vamos todos ala guerra para ver si los gabachos ellos seban á sus tierras para que no hagan mas estragos ni en España ni fuera de ella pues no ha quedado viuda nicasada nidoncella para libre honrras fuera. Para seguir mas adelante ya no me ayudan las fuerzas solo el pensar lo que hicieron con las sagradas Iglesias y a si tendran el pago de la Divina Omnipotencia.

Estas son transcritas ó copiadas de las que se hallan en un libro de labradores, escritas, según se dice, por un hombre del pueblo de aquella época. Arapiles, á 27 de Mayo de 1909.

El Secretario,
Fermín Vicente.

LA BATALLA DE LOS ARAPILES EN LOS ARCHIVOS

Fuera de Salamanca, en los historiadores de la guerra de la Independencia, mejor aun que en los nacionales en los extranjeros, se hallarán los datos que nos den detallada cuenta de la batalla vulgarmente conocida con el nombre de Arapiles, por haber sido en aquellas dos eminencias del término del pueblo el puesto interesante donde se decidió la suerte del combate. La diligencia más exquisita del investigador activo é inteligente se encontrará chasqueada cuando imagine encontrar en los historiadores locales y en los archivos de las corporaciones llamadas á conservar abundante caudal de referencias á un suceso de tal transcendencia.

Prescindiendo de lo poco que dicen el historiador salmantino señor Villar y Macías, Dorado y los ilustradores de su historia, los libros de actas del Ayuntamiento contienen muy poca cosa, y en su archivo no han sido coleccionadas las comunicaciones, documentos sueltos y otros papeles, que por esta causa han desaparecido. Más expresivo, aunque no abundante, es el libro de Cabildos de los canónigos de la Catedral.

La Universidad presenta un vacío en sus actas de claustros, no mencionando la batalla ni inmediatamente al suceso ni después, aunque la diligencia de su secretario conservó aquellos documentos originales, que llegaron por incidencia á la Universidad más tarde relacionados con el hecho militar.

Las causas de esta sobriedad de detalles, y la carencia de datos en algunas de esas corporaciones, tienen su explicación, si bien compleja y extensa, que no es posible desarrollar aquí, aunque por no omitirlas, indiquemos someramente las de mayor bulto.

El Ayuntamiento estuvo anulado en su acción durante la permanencia de los franceses en la ciudad, y el número escaso de sus regidores sentían la fatiga de un inmenso trabajo, que con las amarguras del bombardeo, la voladura del polvorín, la serie de complicaciones que les traía el gran contingente de prisioneros y heridos, á los que había que atender y socorrer, no les daba tiempo, ni serenidad para contar con lujo de detalles lo que se conocía y podía apreciarse por todos. Aquellos hombres de voluntad de hierro, de fe sólida y patriotismo sano, obraban ahorrando el despilfarro de las palabras, por eso atendieron primero á poner remedio á lo más urgente, sin olvidar, como buenos, la gratitud que debían al heroico militar que ciñó su frente con el laurel de la victoria. Además, un acontecimiento transcendental en el orden político y social, la proclamación de la Constitución del año 1812, absorbió la atención de gobernantes y gobernados hasta tal extremo, que olvidaron por el momento todas las tribulaciones y miserias de la guerra para entregarse á los regocijos de la proclamación del nuevo régimen; como si ese código hubiera sido el alivio de todos los males, la reparación de los desastres sufridos y la panacea curadora de los defectos encarnados en nuestra propia naturaleza. La discordia que entre los españoles sembró la Constitución gaditana fué causa, y sirva de disculpa, para que aquel número de beneméritos regidores no cumplieran su acuerdo de colocar el busto de Wellington en uno de los medallones de la plaza Mayor, y los sucesos políticos que en el orden interior siguieron á la guerra de la Independencia dividieron á los españoles; anulando el amor patrio sacrificado en aras de una idea. Ellos vivieron la historia, fueron su materia; á las generaciones sucesivas correspondía dar vida de perpetuidad á los hechos y exigir del Estado el cumplimiento de la deuda contraída con Salamanca de perpetuar con un monumento la batalla de Arapiles.

Lo que no hicieron los Ayuntamientos ni la Diputación, lo hizo con generoso desprendimiento el excelentísimo señor don Leopoldo Maldonado, conde de Aldana, erigiendo en el montículo mayor de los Arapiles un sencillo monumento, que la ignorancia, la codicia, van destruyendo poco á poco, sin una protesta de los Municipios de Arapiles, Salamanca y de la Diputación, que debieron ser sus verdaderos custodios.

No llegamos á conocer el sencillo monumento que, por acuerdo de un Concejo salmantino, se levantó en la plaza de la Libertad; y corremos un velo sobre la forma y el acuerdo de su demolición, sin que le subsiguiera, como era natural, otro que le sustituyera.

El Cabildo Catedral no fué más allá en sus acuerdos, por ser algunos de sus individuos amigos de los franceses; por lo demás, se transparenta la satisfacción con que la mayor parte vieron la derrota de los franceses, de cuya dominación despótica tenían legítimos motivos de resentimiento.

El extraño fenómeno de no aparecer en los libros de claustros de la Universidad nada que se refiera á suceso de tan gran importancia, se explica por ser el periodo de vacaciones y, sobre todo, por ser la inmensa mayoría de los catedráticos afrancesados, unos á título de progresistas, deseosos de la renovación de ideas y sistemas, cuyas doctrinas habían tomado del enciclopedismo filosófico de Francia, y otros, que sin estar inficionados del liberalismo racionalista, vieron con inmenso regocijo cómo la dominación francesa quiso exaltar la Universidad, menguando los privilegios y audacias de los famosos colegios rivales del *alma mater*, y causando su abatimiento y decadencia merced á la protección que siempre hallaron para sus pretensiones en los monarcas españoles.

He aquí ahora los testimonios recogidos de esas tres grandes instituciones, alguno, como el de las Cortes de Cádiz, ya publicado en EL ADELANTO.

Libro de actas del Ayuntamiento del año 1812. Batalla de Arapiles.—24 de Julio.—Concurrieron los señores siguientes: don Francisco Cantero, corregidor interino; don José Aguirre, don Francisco de las Heras, don Manuel de San Martín, don Manuel Caballero, don Martín Inglosa, don José Mintegui, don José Ayuso, don Francisco Mateos, don Cosme Trespalacios, don Juan



Duque de Wellington.

Crespo.—En este consistorio se trató lo siguiente: Que con motivo de la grande batalla que se dió por las tropas aliadas contra el enemigo francés en el día 22 del corriente en los campos de Arapiles, distante legua y media de la ciudad, de la que resultó la victoria en favor de los ejércitos aliados; hubo muchos heridos, que se condujeron á esta ciudad á los hospitales que estaban preparados, y como fuese grande el número de heridos que venían y que se hallaban en el campo de batalla, fué preciso echar un bando para que llevasen los vecinos de esta ciudad jergones, colchones, sábanas, mantas y almohadas, y aunque así se verificó, llevando los vecinos inmediatamente lo que se les pedía; pero necesitando en el campo de batalla otros auxilios para remediar en parte el menor mal posible, se acordó se pasase á dicho campo comisarios para recoger, por medio de personas que se busquen, los cadáveres y enterrarlos ó quemarlos para evitar una peste, y en efecto, al intento se nombró á los señores don Juan Crespo, don Francisco Moral y don Bernardo Pascua. Igualmente se nombraron comisarios para que fuesen al Puente, Puerta del Río, Vado de Santa Marta y Aceña del Muladar para estar á la vista y recoger todas las armas que los paisanos que venían del campo de batalla traían de él y se depositasen en la casa del Corregimiento con la pena de cien ducados á las personas que se resistieren á entregarlas, y en efecto, se nombraron por tales comisarios á don Ramón Micó y don Andrés Marchante para el Puente, á don José Antonio Barrenas, don José Martín y don José Villamandes para la Aceña del Muladar y Vado de Santa Marta.

Igualmente se acordó se pase oficio á los señores Deán y Cabildo de esta Santa Iglesia para cantar un *Te-Deum* en acción de gracias por la victoria ganada, avisando y convidando á los títulos, caballeros, oficiales de guarnición y demás personas de estilo con este Ayuntamiento, lo que así se verificó, y mediante á que por ser mucho el número de enfermos y heridos que están en los hospitales, no es bastante las camas que volunta-

riamente han dado los vecinos, se acordó repartir entre éstos algunos jergones, y que este repartimiento lo ejecutó don Nicolás Sanz, á quien para ello se le da la correspondiente comisión. Con lo que se concluyó este consistorio, que firmó el señor Presidente y yo el Secretario en fe de ello.—Presente fui Francisco Bellido García.—Hay una rúbrica.

En el día 25 de Julio, al margen Wellington.

Se hizo presente al Ayuntamiento que mediante el particular motivo de reconocimiento que ofrece el feliz suceso de la batalla de Arapiles del 22 de este mes en los campos de esta ciudad, en la que fué completamente derrotado el enemigo y libre este pueblo y su provincia de los grandes males que la amenazaban, como también el singularísimo interés que manifestó en su favor el excelentísimo señor lord Wellington (sic) Duque de Ciudad Rodrigo maniobrando con la mayor actividad para impedir las incursiones del enemigo, que manifestó el mayor empeño en ocupar esta ciudad, parece justo manifestar de una manera pública la gratitud que le es debida, y enteramente acordó: Que se ponga en la plaza Mayor el busto de S. E. al lado de los hombres ilustres, cuya memoria se ha perpetuado por este medio con una inscripción latina en que se haga mérito de este feliz acontecimiento y del honor que se le debe á dicho señor excelentísimo por sus prendas militares y políticas. Que se dé esta resolución á S. M., las Cortes generales y extraordinarias del reino, solicitando su real aprobación y se escriba inmediatamente al mismo excelentísimo señor Duque participándole este acuerdo y la satisfacción que resultaría al Ayuntamiento su más pronta ejecución.

Cabildo Catedral (libro de Cabildos, año 1812). Cabildo ordinario de 24 de Julio de 1812.—Cabildo ordinario que se celebró en nuestra Santa Iglesia viernes 24 de Julio de 1812, en que presidió el señor doctor don Francisco Gómez Valbuena, deán y canónigo de dicha Santa Iglesia. Concedióse la limosna ordinaria (al margen).—Que en este día y su mañana una misa solemne y una salve á Nuestra Señora en acción de gracias por la victoria conseguida contra los franceses por los ejércitos aliados el día 22 del corriente. El señor Deán hizo presente que en la noche de ayer había llegado á su casa, acompañado del señor Maestro de ceremonias un caballero oficial del ejército portugués con un recado del excelentísimo señor Wellington, general jefe del ejército aliado, manifestando quería S. E. se diera gracias al Dios Omnipotente por la victoria señalada que han conseguido los ejércitos aliados de su mando contra el de los franceses, con una misa solemne, Te-Deum y salve á María Santísima. Que el señor Deán se había llenado de júbilo por el encargo y siendo como son tan públicos los favores recibidos de la Divina Providencia, especialmente en la sangrienta batalla que se dieron dichos ejércitos en el día 22 del corriente en las inmediaciones de esta ciudad en los campos de Arapiles y cercanía de los montes de la Maza y Orejudo, á pesar de tener los franceses cogidos los altos tesos de dichos Arapiles, en la que quedaron derrotados y huyeron dispersados, dejando una infinidad de muertos y heridos en los campos y miles prisioneros, en cuya virtud determinó y encargó al señor Maestro de ceremonias diese las órdenes y dispusiese se cantase en este día solemnemente la misa, Te-Deum y salve á María Santísima como S. E. quiere y debe hacerse en acción de gracias al Señor Dios de los ejércitos por los singulares beneficios que acaba de dispensar á esta capital y provincia y que le había parecido oportuno avisar al señor Alcalde mayor para si gusta asistir á la ciudad, contestando mandaría citar para esta asistencia por tantos motivos debida. Y oído lo expuesto por el señor Deán, desde luego aprobó el Cabildo en un todo lo determinado y que mediante haberse hecho cargo el mismo señor de la misa, se encargase el solemne por el señor Maestro de ceremonias, que aceptó el Evangelio el señor Racionero Mancebo y la Epístola el señor Medio Racionero don José Díaz, las capas los señores Semaneros. Y que de haberse así ejecutado se escribiese á S. E. dándole gracias, en la parte que le tocan por sus acertadas providencias y disposiciones tan propias de su superior talento como de su heroísmo, lo que se cometió al señor Canónigo doctor don Isidoro Moguearan, con lo cual se feneció y levantó el Cabildo, á que yo, el infrascrito Secretario fui presente y firmo.—Doctor Melchor Pérez, Secretario. (Hay una rúbrica).

La Universidad (libro de Claustro de los años 1811, 1812 y 1813).—En los libros de Claustros correspondientes al año 1812 no hay referencia al



Extraordinario de El Adelanto

guna relativa a la batalla de Arapiles, desde el Claustro de 18 de Julio se pasa al 23, hallando en Claustro pleno que se celebró el 8 de Octubre las copias manuscritas e impresas de los documentos que no hallamos en el Ayuntamiento y complementa parte de lo que referente al Duque de Ciudad Rodrigo y al acuerdo de las Cortes, cuya copia literal dice así: «El Ayuntamiento tiene el honor de dirigir a V. S. dos ejemplares del Real decreto dirigido a esta ciudad y provincia y de la carta del excelentísimo señor Duque de Ciudad Rodrigo.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Salamanca, 27 de Agosto de 1812.—Martín Hinojosa, Miguel Martel, José Ayuso y Navarro.—Ilustrísimo señor Rector y Claustro de la Universidad de esta ciudad».

En dos hojas impresas lo siguiente: La Regencia del reino se ha servido dirigirme el decreto siguiente: Don Fernando VII, por la gracia de Dios y por la Constitución de la Monarquía española rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad, la Regencia del reino, nombrada por las Cortes generales y extraordinarias, a todos los que las presentes vieren y entendieren, SABED: Que las Cortes han decretado lo siguiente: Las Cortes generales y extraordinarias, deseando transmitir a la más remota posteridad la memoria de la gloriosa victoria que el ejército aliado del mando del Duque de Ciudad Rodrigo ha conseguido el día 22 de Julio próximo anterior sobre el de los enemigos acudillados por el mariscal Marmont en los campos de Arapiles y Salamanca, y muy satisfechos al mismo tiempo de los sentimientos de patriotismo y generosidad que han acrecentado los habitantes de esta última ciudad y pueblos de su provincia con las tropas aliadas, ha decretado lo siguiente:

1.º Que cuando sea posible, y las circunstancias lo permitan, se levante en el paraje más apropiado de los campos de Arapiles y Salamanca, del modo que el Gobierno tenga por más conveniente, un sencillo monumento que constantemente recuerde, hasta las más remotas generaciones, la memorable batalla del 22 de Julio de 1812 y la unión y valor del ejército aliado.

2.º Que la Regencia del reino haga entender del modo más expresivo a la M. N. y L. ciudad de Salamanca y de esta fiel y asolada provincia, que hayan imitado su ejemplar conducta, el aprecio que merecen a S. M. sus patrióticos sentimientos y la generosa fraternidad que debidamente han observado con las tropas aliadas. Lo tendrá entendido la Regencia del reino para su cumplimiento, y para que llegue a noticia de todos, y lo hará imprimir y publicar.—Felipe Vázquez, presidente.—Manuel del Llano, secretario.—Juan Nicasio Gallego, diputado secretario.—Dado en Cádiz, a 4 de Agosto de 1812.—A la Regencia del reino.—Tendréislo entendido para su cumplimiento y dispondeis se imprima y publique.—El Duque del Infantado.—Joaquín Mosquera y Figueroa.—Ignacio Rodríguez de Rivas.—El Conde del Abribal.—A don Antonio Cano Manuel.—Al dirigirme la Regencia del reino este decreto para su cumplimiento, me ha mandado manifieste a V. SS. el aprecio y consideración a que se hicieron acreedores los habitantes de esa provincia por su

constante fidelidad y generoso desprendimiento. Que una de sus primeras atenciones será reparar, en cuanto lo permitan las circunstancias de la nación, los desastres y calamidades que padecieron por la crueldad e inconsideración de las tropas enemigas. Que siendo el ánimo de S. A. erigir cuanto antes sea posible en el paraje más apropiado de los campos de Salamanca y Arapiles el monumento público, decretado por las Cortes, que recuerde constantemente, hasta las más remotas generaciones, la memorable y gloriosa batalla del 22 de Julio de este año y la unión y valor del ejército aliado, oír con gusto cuanto V. SS. y los habitantes de esa provincia le propongan para realizarlo a la mayor brevedad e inmortalizar tan grato recuerdo. De orden de S. A. lo comunico a V. SS. para su noticia, satisfacción y gobierno, a fin de que inmediatamente lo hagan público en esa ciudad y en toda su provincia, sin perjuicio de insertarlo en la *Gaceta* del Gobierno, como está mandado.—Dios guarde a V. SS. muchos años. Cádiz, 5 de Agosto de 1812.—Antonio Cano Manuel.—Señores Justicia y Ayuntamiento de la ciudad de Salamanca.

En la misma un pliego impreso en cuarta plana.—*Carta del excelentísimo señor Duque de Ciudad Rodrigo dirigida al Ayuntamiento de Salamanca.*—He tenido el honor de recibir la carta de V. SS. del 27 del pasado, y quedo obligado por la atención que me han manifestado, y particularmente por la que han experimentado en esa ciudad los oficiales y soldados heridos de este ejército.—Dios guarde a V. SS. muchos años. Cuéllar, 2 de Agosto de 1812.—Wellington, Duque de Ciudad Rodrigo.—Señor Corregidor y muy ilustre Ayuntamiento de Salamanca.

A continuación, y en letra bastardilla: «Las Cortes generales y extraordinarias del reino se han servido aprobar la resolución de este Ayuntamiento para que en la Plaza Mayor de esta ciudad se coloque el busto del excelentísimo señor Duque de Ciudad Rodrigo, con una inscripción alusiva a la memorable batalla del 22 de Julio de 1812».

Salamanca, en la imprenta de don Juan Vallegera.

Luis R. Miguel.

Los soldados salmantinos en Melilla

Al sentir un verdadero entusiasmo por la patria como buenos hijos de nuestro pueblo, nos congratulamos en enviar a usted nuestra más cordial enhorabuena por la iniciativa de EL ADELANTO en la ya realizada obra, a fin de que se efectúe alguna fiesta conmemorativa del centenario de la batalla de los Arapiles.

Aunque alejados de nuestro hogar y separados de nuestras caras afecciones, siempre surcan laderas y barrancos donde tanta sangre preciosa de hermanos fué vertida y que hoy es tumba de héroes, siempre nos queda un grato recuerdo, a pesar de nuestras penosas ocupaciones, de la tierra donde vimos la

primera luz y de las personas que con su respeto nos dieron ejemplo.

Nos hacemos partícipes del entusiasmo que hoy sentirá nuestro pueblo y desde las avanzadas del campo enemigo rogamos a usted inserte estas mal trazadas líneas en el periódico de su digna dirección, por cuyo favor le enviamos mil gracias anticipadas, quedando de usted atentos y seguros servidores que su mano besan,

Por los soldados salmantinos,

Eugenio Paradinas, Lorenzo Rivas, Julián Gómez,
6.º Regimiento mixto de Ingenieros.

Moisés González de Dios,
Soldado del Regimiento de infantería de Melilla.

EL MENSAJE DE LA HISTORIA

En eco secular llegan hoy hasta nosotros gritos de victoria, trozos de historia gloriosa que en remembranza grata suenan a himno de triunfo en el alma nacional.

La mente contempla en el recuerdo la jornada imborrable de Arapiles, y mira con patriótica emoción las homéricas hazañas del ejército triunfador.

El estro genial de los poetas cantará hoy la espada viril que venció, cual cantó entonces la musa popular los rasgos épicos de nuestros soldados.

Pero ha pasado un siglo desde que abatida el águila imperial soplo viento de adversidad para el coloso. Vivimos en pleno siglo XX, y están muy pretéritas aquellas acciones legendarias. A fuer de cautos y progresivos, habremos de escuchar también la realidad de hoy, y traer a la vida presente, junto con el ruido de vitores y aplausos, el mensaje de la historia que se ofrece a los pueblos avisados como prueba de la gloria actual; no sea que alborozados con bizarrías muy lejanas no escuchemos los clarines de la fama que suenan a progreso en la vanguardia de las naciones viejas.

Cada siglo tiene su carácter, como tiene su misión.

Los albores del siglo XX que nos fechan, soportan el efecto desquiciador de la anterior centuria; centuria guerrera, siglo de la espada y el cañón; lo saludaron al nacer las conquistas de Bonaparte; llenan sus anales hechos y revoluciones cruentas, y cerraron su ciclo de sangre gritos de terror de naciones débiles holladas, de pequeños estados oprimidos. Polonia, Finlandia, Grecia, España, Armenia, Orange y el Transvaal, claman contra el siglo de hierro.

Los días nuestros tienen una gran misión histórica que cumplir en pro de la libertad y de la paz social.

Exiten, para baldón de la humanidad, razas preteridas, nacionalidades con pesado yugo y pueblos esclavizados; existen muchos miserables que carecen de alimento, y muchos también que llevan aherrojada la conciencia por la sugestión de sus pasiones.

Es labor de nuestra época lograr que sea la vida la resultante del progreso; esto es, de justicia y de riqueza; es preciso que las razas preteridas, que las naciones sojuzgadas, que los pueblos esclavos, que los miseros postergados, que las conciencias sugestionadas, reivindiquen sus derechos. Hay que emancipar a los hombres, no solo de la pasión de sus tiranos, sino de la tiranía de sus pasiones....

La libertad, la paz y el trabajo, son los emblemas del progreso; a ellos conduce un mismo vehículo, la cultura, que trae aparejada la educación moral, y con ella el respeto a los demás, la exaltación de la personalidad, el bienestar material y la riqueza.

Si se logra extender la cultura, la historia tomará nuevos caracteres, y la gloria, que consistió en otro tiempo en ensanchar las fronteras territoriales, la buscarán los pueblos futuros en ensanchar las fronteras de la ciencia, de la moralidad, de la ciudadanía y de la igualdad fraterna.

Este es el gran mensaje de los tiempos viejos a la centuria nuestra; esta es la misión excelsa de la época que corre: sembrar cultura para gozar de paz y de riqueza.

¡Arapiles, la vega del Tormes, los lanceros de don Julián, Wellington, don Carlos... nombres venerandos que poetizais con destellos de gloria la fecha de este día! ¡Recibid el homenaje de nuestro recuerdo grato, pero compartid los aplausos con los ideales radiantes de la gloria nueva! ¡Que se cumpla el mensaje de la Historia y que se explye el sentimiento en raudales brillantes de oro y grana!...

Eusebio Díaz,

Catedrático de la Universidad de Barcelona.



La lápida de Los Cincuenta.

LA VENGANZA DE UN PASTOR

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

En 1810 decidió Napoleón su expedición a Portugal, sirviendo Salamanca, en diferentes ocasiones, de paso hasta de 16.000 infantes y 6.000 caballos, al mando del general en jefe Massena, duque de Rivoli y del mariscal Ney; y como comienzo de la campaña, pusieron sitio a nuestra vecina Ciudad Rodrigo, la que tomaron a pesar de la heroica defensa de su gobernador militar Pérez Herrasti.

Con este motivo circulaban por los campos de la provincia columnas y partidas de tropas francesas, ya para vigilar la frontera portuguesa, ya para perseguir las guerrillas españolas que por ellos andaban cantando:

Andamos por los montes
despedazando
águilas imperiales
que van volando,

apoderándose de paso, si bien momentáneamente, de pueblos y villas indefensas, en las cuales cometían toda clase de desmanes y atropellos, con lo cual el odio de los salmantinos crecía de una manera terrible, procurando el desquite y aprovechando la ocasión para vengarse, sin reparar en medios.

Hace casi medio siglo que un natural de Hinojosa de Duero me contó una de esas represalias, un terrible acto de venganza llevado a cabo por un pastor de los Arribes del Duero, y aunque no conservo los detalles que harían más gráfica la narración, ahí va tal cual la recuerdo.

Era una noche de mediados de Noviembre, lluviosa, de fuerte viento, y una pequeña columna de caballería francesa de dragones marchaba al trote por entre los elevados peñascales de los Arribes del Duero, cubiertos entonces de poblados montes de encinas y espesos olivares.

El agua y viento les flagelaba hacia horas el rostro. Jinetes y caballos empezaban a sentir cansancio, é hicieron un alto al abrigo de las encinas.

—¿Qué caminos más endiablados estos de España!—Dijo uno de los jefes.

—¿Pero dónde demonios se encuentra esa villa de Mieza, donde debíamos de estar ya hace horas y pernoctar en ella?, interrogó otro.

—Yo creo, repuso un tercero, que estamos extraviados.

—No diré que no, contestó el jefe que la mandaba, porque no sé quien no se pierde en un terreno tan accidentado y arbolado como éste, y que pisa por vez primera, y más en una noche como esta; pero allí en aquella ladera, se ve entre el monte una luz; tal vez haya quien nos pueda enseñar el camino.

Y puestos en marcha llegaron a una choza en que unos pastores estaban calentándose alrededor de una hoguera.

En mal español le preguntaron por el camino de Mieza, y el más joven y atrevido de los pastores se ofreció á guiarles por aquellos vericuetos, hasta ponerlos cerca de Mieza, concibiendo repentinamente un proyecto siniestro.

Acceptaron satisfechos los franceses dicha oferta creyéndola hija del miedo de aquellos pobres hombres, porque no vieron la rápida y diabólica mirada que su guía cruzó con los que en la choza quedaban, y de la que devolvieron el acuse de quedar enterados.

Una hora escasa llevarían de marcha por entre peñascales y encinares, cuando el pastor, parándose en una estéril meseta, por la cual iba un camino relativamente ancho y despejado, dijo al jefe de la columna señalándosele:

—Seguid por aquí al galope, y en diez minutos estais en Mieza, que está ahí abajo, en el valle, á mano izquierda; ya no podeis perderos, y yo no puedo ir más lejos.

Y como si se lo hubiese tragado la tierra, desapareció entre las sombras de la noche.

El pastor, tomando por un atajo, no tardó en volver á la choza, y en cuanto le vieron sus compañeros le preguntaron:

—¿Qué has hecho de los franceses?
—Que si Dios no lo remedia, todos, ó casi todos, duermen esta noche en el Duero.

—¿Cómo?
—Los he llevado por el camino del despeñadero del Cachón, y como la noche está negra, y hay niebla en el río, no lo verán y caerán unos en pos de otros en él.

—Pues levantemos el campo por si acaso, no sea que á los que queden mañana alguien les enseñe el camino de nuestra majada.

—Pues recoged el ganado y llevado á la inmediata sierra de La Corveca, que allí no os han de buscar ni dar con vosotros; allí me reuniré con vosotros al caer de la tarde.

—Y tú, ¿no vienes?

—No, yo me quedo para quemar el chozo y apagar la lumbre, no se prenda el monte, y luego voy á apostarme en la Peña del Mormeral para expiarla, saber lo que ha pasado esta noche, y lo que mañana pueda pasar en Mieza.

Siguiendo el consejo de su guía, y á pesar de la densa oscuridad de la noche, los franceses, deseosos de llegar á Mieza y descansar de tan mala jornada, pusieron los caballos al galope, pero cercados de sombras, no vieron que oculto por espesa niebla que sobre él se alzaba, se abría á sus pies un ancho y pavoroso abismo; y el galopar de los caballos, el ruido de las armas, del aire y de la lluvia les impidió oír el rudo mugir de una gigantesca serpiente líquida que, soberbia é hinchada por las lluvias otoñales, se retorcia rugiente en el fondo del negro abismo; y avanzando tumultuosamente por el declive de la meseta, de repente les faltó el suelo, y sin darse cuenta fueron cayendo al precipicio; y gracias al instinto



Los 200 alumnos de la Escuela Normal en la cumbre del Arapil, rodeando el modesto monumento conmemorativo de la célebre batalla, y dirigidos por su profesor de Historia don Lorenzo Niño y Viñas, celebran el centenario de tan importante hecho de armas dando un ¡Viva España! que, á la vez que llena todo aquel campo en que se cubrieron de gloria nuestras armas, enardece con sus ecos el más acendrado patriotismo de los futuros maestros, en los que debe verse el principal elemento de progreso.

más afinado de algunos caballos, que olfateando el peligro ó la desaparición de sus compañeros, se plantaron, sin querer avanzar, por lo cual el resto de la columna pudo evitarlo.

El abismo era el Cachón de Mieza; la serpiente líquida el Duero.

Al día siguiente sus turbias ondas arrastraban en torba confusión los cadáveres de jinetes y caballos de los dragones franceses.

Afortunadamente para Mieza y los pastores, la mermada columna al abrigo de unas rocas y encinas, esperó la llegada del día; y temiendo que apercibidos los pueblos de la Ribera de su desgracia, ó de encontrarse con alguna de las guerrillas que por los campos pululaban les atacaran, no encontrándose con fuerza para resistir un ataque, aislado ó combinado, tomaron por consejo prudente ir á unirse á la fuerza que á la sazón sitiaba á Ciudad Rodrigo.

Jacinto Vázquez de Parga.

EL EPILOGO DE LA BATALLA DE ARAPILES

Las extensas descripciones que con todo lujo de detalles se hacen de los grandes acontecimientos dejan, á veces, en el silencio, hechos que de ellos se derivan, contribuyendo á que la historia patria sea deficiente ó imperfecta, dejando muchas páginas gloriosas en blanco, que sino procuramos llenar, el olvido y el polvo del tiempo las roe y destruye.

En la historia de la batalla de Arapiles se observa algo de esto. El conde de Toreno, en su obra *Levantamiento, guerra y revolución de España*, dice lo siguiente, al describir el final de la batalla: «Repasaron los enemigos el río Tormes sin tropiezo, y continuaron los aliados el alcance. Cargaron éstos la retaguardia francesa el 23, la cual, abandonada de su caba-

llera, perdió tres batallones. Los ingleses se pararon después en Peñaranda, reforzado el enemigo con mil doscientos caballos procedentes del ejército del Norte».

Hemos copiado al historiador que hace la descripción más extensa del célebre combate, y como se ve, no detalla los hechos acaecidos desde la retirada de los franceses de los campos de Arapiles hasta su paso por Peñaranda, á donde llegaron perseguidos por el ejército vencedor. Los demás historiadores que hemos consultado pasan por alto estos sucesos, dignos de figurar en los fastos de la historia como complemento ó epílogo de tan gloriosa jornada.

Mucho sentimos que la índole de nuestro humilde trabajo no nos permita reseñarlos con la extensión que merecen, pero aunque de paso, si hemos de consignar que después de rebasar el Tormes el ejército francés, aun se libraron combates parciales, uno de ellos, quizá el más importante, fué el desarrollado en las inmediaciones de Garcilhermández, donde la caballería inglesa alcanzó á una columna francesa, derrotándola y obteniendo tan señalada victoria que, para perpetuarla, dieron el nombre del pueblo á un regimiento de los que en ella tomaron parte.

De victoria en victoria el ejército aliado siguió hasta Peñaranda, combatiendo al francés, donde puede decirse que á sus mismas puertas terminó la batalla de Arapiles, coronando el triunfo con un hecho llevado á cabo por los peñarandinos: estos, el 22 de Julio de 1812, concedores del suceso que á pocas leguas de su pueblo se desarrollaba, con el ansia de tener noticias de él, coronaron los altos del camino de Alba y Cruz de las Viñas, adonde se dice llegaban los ecos del fragor del combate; al caer la tarde observaron que se alzaban ante su vista densas polvaredas, de las que á poco se destacaron las avanzadas del derrotado ejército francés, que venían en dirección á Peñaranda.

Las primeras fuerzas que llegaron exigieron del vecindario todo que estuviera á su paso provisto de vasijas con agua para apagar la ardiente sed que devoraba á hombres y á bestias después de las fatigas de todo un día de lucha en el rigor del verano, y teniendo que atrevesar en la húida tierras escasas en agua, tan escasas, que los ríos y manantiales que por ellas circulan se secan en el estío.

En las últimas horas de la tarde del mismo día que se libró la batalla de Arapiles, y el siguiente, todas las fuerzas francesas que en ella tomaron parte, y sus convoyes ó impedimentos desfilaron por Peñaranda; entre el gran número de heridos que conducían, figuraban los generales Marmont y Bonnet; el convoy de heridos se detuvo unas horas, tiempo que aprovecharon los cirujanos franceses para curar á éstos con algún detenimiento, deber que les impidió cumplir la precipitación de la retirada. Habilitaron como hospitales de sangre la iglesia parroquial de San Miguel, la panera del Pósito y el palacio del duque.

Sobre las cinco de la tarde del 23 pasaron precipitadamente los restos de las tropas derrotadas; las gentes que estaban apostadas á las afueras de la población, divisaron un grupo de carros cargados de municiones de boca y guerra, escoltados por un piquete de soldados de caballería francesa, que se habían desviado del camino para despistar sin duda á sus perseguidores; un grupo formado por ancianos, mujeres y muchachos, capitaneados por un sujeto apodado el «Ranchero», pues los hombres útiles peleaban en las guerrillas, se decidió á atacarlos, armados de pinchos, hondas y palos, únicas armas de que disponían, y cayendo con denodado arrojo sobre ellos, les arrebataron el convoy, poniendo á la escolta en vergonzosa huida.

Cuando los peñarandinos entraron en el pueblo con el botín ganado, ya habían hecho alto en él las fuerzas aliadas, que se detuvieron en la creencia que llegaría hasta allí el rey José Bonaparte con el ejército del Norte, pues sabían que habían salido de Madrid para socorrer á Marmont, mas al suponer que condecor del descalabro de sus huertas había desistido del intento, salieron en la madrugada del 24 en dirección á Valladolid.

Peñaranda, que tantos males padeció en los cuatro años que estuvo ocupada por destacamentos franceses; que vio degollar inhumanamente á sus guerrilleros en su mismo recinto el 1.º de Julio de 1811; que presenció el ultraje hecho á sus mujeres por la soldadesca de Montigni; que las pasó desnudas por las calles, después de haber saciado en aquellas desgraciadas sus bestiales apetitos, pisando ruinas por todas partes y enseñoreándose el hambre por sus famélicos vecinos, tuvo el consuelo de ver desfilar por sus calles las tropas del gran genio guerrero, Napoleón, que pasaron sus armas victoriosas por todos los ámbitos del mundo, acobardadas y en precipitada fuga, con el estigma humillante de la derrota que acababan de sufrir en los Arapiles.

Al verse libre de sus opresores, según nos dice el distinguido peñarandino don Francisco García Igea, en sus *Memorias históricas de Peñaranda*, el pueblo tomó represalias, disculpables en parte, incendiando el palacio del afrancesado duque de Frias como apoteosis del triunfo de nuestras armas, bailando alrededor de las llamas para observar con aquella escena de visión dantesca á su huésped, el ejército aliado.

Luis de Dios.

Como los asiduos lectores de EL ADELANTO saben, el lunes, 22 de Julio de 1912, observamos á CINCUENTA de nuestros lectores, y á las autoridades y personas prestigiosas de la localidad, con una jira y merienda á Arapiles, costeada por nuestro periódico.

Es este un festejo popular que promete resultar de una gran brillantez, pues dicho día, además de los excursionistas de EL ADELANTO, tienen el propósito de ir á Arapiles gran número de salmantinos.

En dicho acto de la jira se descubrirá la LAPIDA DE LOS CINCUENTA, cuyo fotograbado publicamos, regalo del escultor señor Seseña.

IMP. Y LIB. DE NÚÑEZ.—SALAMANCA.





